

Otros títulos de la Colección
La Academia para Jóvenes

Fernando Serrano,
Derechos de autor

Gonzalo Celorio,
DF-CDMX. Marca registrada

Julieta Fierro,
Los retos de la astronomía

Vicente Quirarte,
*Fantasmas bajo
la luz eléctrica*

Javier Garcíadiego,
*El Estado Moderno y
la Revolución Mexicana
(1910-1920)*

Ruy Pérez Tamayo,
Cómo acercarse a la ciencia

Adolfo Castañón,
*Leyendas mexicanas de Rubén
Darío*

Mauricio Beuchot,
Elementos de filosofía

La **Academia para Jóvenes** es una colección de libros de divulgación dirigida a los estudiantes del bachillerato, interesados en reforzar su formación en los campos de las ciencias experimentales y sociales, así como en las humanidades. La Academia Mexicana de la Lengua se siente profundamente orgullosa de participar en ella junto con la Universidad Nacional Autónoma de México, a través de la Secretaría General de la UNAM y del Colegio de Ciencias y Humanidades, Plantel Naucalpan.

Los títulos que la integran han sido preparados por miembros de la Academia Mexicana de la Lengua, que de esta manera quieren contribuir a que los estudiantes puedan asomarse a la amplia diversidad de sus intereses juveniles.

Las obras publicadas buscan fomentar el placer de la lectura, contribuir a la formación integral de nuestros jóvenes, despertar en ellos algunas vocaciones y vincularlos con los proyectos de investigación de connotados especialistas.

Felipe Garrido
Academia Mexicana de la Lengua

La Academia para Jóvenes



ACADEMIA
MEXICANA
DE LA
LENGUA



La **Academia**
para **Jóvenes**

A los
dieciséis

Margo
Glantz



ACADEMIA
MEXICANA
DE LA
LENGUA



Margo Glantz (Ciudad de México, 1930). Escritora y profesora emérita de la UNAM. Fundadora y directora de la revista *Punto de Partida* (1966-1970); Directora Cultural del Instituto Mexicano-israelí (1966-70) y Directora de Literatura, INBA (1983-1986).

Entre sus múltiples libros destacan: *Las genealogías* (1981); *La Malinche, sus padres y sus hijos* (1994); *Sor Juana: hagiografía o autobiografía* (1995); *Zona de derrumbe* (2001); *El rastro* (2002); *La desnudez como naufragio* (2005); *La cabellera andante* (2015); *Por breve herida* (2016); *Y por mirarlo todo, nada veía* (2018) y *El texto encuentra un cuerpo* (2019).

Ha obtenido los premios: Magda Donato (1982); Xavier Villaurrutia (1984); Universidad Nacional (1991); Sor Juana Inés de las Cruz (2003); Nacional en Ciencias y Artes (2004); Medalla de Oro Bellas Artes (2010); Candidata Príncipe de Asturias y Cervantes (2011); Iberoamericano de Narrativa Manuel Rojas (2015) y Juan Crisóstomo Doria (2019), entre otros.

Miembro de la Academia Mexicana de la Lengua a partir de 1996, donde ocupa la Silla xxxv.



La **Academia** para **Jóvenes**



Director de la Colección
La **Academia** para **Jóvenes**

Benjamín Barajas

Editores

Alejandro García

† Édgar Mena

Cuidado de la edición

Keshava R. Quintanar Cano

Apoyo editorial

Mildred Meléndez

Diseño

Julia Michel Ollin Xanat Morales

A los
dieciséis

Glantz, Margo, 1930-

A los dieciséis. -- México: UNAM, Plantel Naucalpan, Academia Mexicana de la Lengua, 2020. 152 pp.

(Colección La Academia para Jóvenes, 9).

ISBN: 978-607-02-9490-7 (Obra Completa UNAM).

ISBN: 978-607-30-3448-7 (Volumen UNAM).

ISBN: 978-607-97649-3-7 (Obra General Academia Mexicana de la Lengua).

ISBN: 978-607-98717-8-9 (Volumen Academia Mexicana de la Lengua).

Primera edición: septiembre de 2020.

D.R. © UNAM 2020 Universidad Nacional Autónoma de México, Ciudad Universitaria. Delegación Coyoacán, CP 04510, CDMX.

D.R. © 2020 Academia Mexicana de la Lengua, Naranjo 32, Florida, Delegación Álvaro Obregón, CP 01030, CDMX.

ISBN: 978-607-02-9490-7 (Obra Completa UNAM).

ISBN: 978-607-30-3448-7 (Volumen UNAM).

ISBN: 978-607-97649-3-7 (Obra General Academia Mexicana de la Lengua).

ISBN: 978-607-98717-8-9 (Volumen Academia Mexicana de la Lengua).

Esta edición y sus características son propiedad de la UNAM. Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio, sin la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales.

Impreso en México – Printed in Mexico.

Margo Glantz

A los
dieciséis



ACADEMIA
MEXICANA
DE LA
LENGUA





Índice

PROEMIO, Benjamín Barajas	9
INTRODUCCIÓN, María Isabel Gracida Juárez	11
NARRACIONES	21
Se llamaba Melisa	21
Claro de luna	21
Recuerdos de infancia	22
Historias de géneros diversos	24
Historia sísmica	24
Historia de buen gobierno	24
Historia de escaparate	25
Historia del embajador de Mozambique	25
Historia inmortal	26
Historia de juventud	26
Historia de brujería	26

Es necesario volver a las ballenas	26
El cabello como striptease	28
Partir el cabello en trenzas	30
Soltarse el pelo	31
Retratos y cabellos: mujeres	36
LAS GENEALOGÍAS	41
A los dieciséis años de mi vida	41
Hace muchos años vivimos	45
A veces se exhibían documentales	47
Siempre quise ser Flash Gordon	48
Mi vida fue muy interesante	49
Hablamos por teléfono todos los días	52
Sigo en Acapulco	54
ENSAYOS	56
Los secretos de una mano	56
Las correspondencias	61
Las hermanas de los genios	66
Las tribulaciones del martirio	68
Al leer las noticias	73
Me acuerdo	93
Margo Glantz: los recuerdos regresan siempre, Felipe Garrido	125
BIBLIOGRAFÍA DE MARGO GLANTZ	141

Proemio

LA PROMOCIÓN DE LA LECTURA tiene en México una historia noble y fructífera. Son épicas las cruzadas de José Vasconcelos, Jaime Torres Bodet, Juan José Arreola, Felipe Garrido, entre muchos otros, para incentivar la imaginación, la reflexión y el conocimiento que nos proveen los libros. Sin lectores, las páginas de los libros dejan de respirar, sin lectores pareciera inútil todo esfuerzo de escritura; en la interacción de este binomio arraiga la salud cultural de una nación. De ahí la importancia de **La Academia para Jóvenes**, una colección de ensayos preparada por eminentes miembros de la Academia Mexicana de la Lengua y la Secretaría General de la **UNAM** —con el apoyo del doctor Leonardo Lomelí Vanegas—, cuyo propósito es contribuir a este profundo e intenso diálogo entre docentes y alumnos del bachillerato universitario.

Benjamín Barajas
Director de la Colección
La Academia para Jóvenes.



Introducción

“Ahora mi pasatiempo mayor es mirar
cómo pasa el vacío”
Tuit en época de pandemia.

EL COLEGIO DE CIENCIAS y Humanidades, en su colección editorial **La Academia para Jóvenes**, pone al alcance de su alumnado una diversidad de textos para propiciar la lectura y con ello el análisis y el debate de distintos temas y géneros. Tener la posibilidad de leer en este momento una síntesis tan orgánica de la amplia obra de Margo Glantz con el sugerente título de *A los dieciséis*, es una invitación a participar de una ficcionalidad que convoca distintas miradas sobre el hecho literario, así como sensaciones que abarcan una vida longeva que mira el presente siempre con nuevos ojos desde la experimentación permanente con la pluralidad de sentidos.

La larga y fructífera vida y obra de la escritora Margo Glantz suma momentos y sensaciones que se desplazan por distintos géneros literarios e, incluso, periodísticos. Margo Glantz tiene un pensamiento

caleidoscópico. Lo mismo hace pequeños aforismos que memorias; artículos periodísticos que largas y complejas investigaciones donde el rigor es lo suyo, pero un rigor al que añade el juego, la ironía, el humor.

Y, acorde con la época, es una escritora que se maneja estupendamente en el entorno digital con preocupaciones tanto sociales como literarias, que nos permiten leerla en activo cotidianamente para expresar diversas miradas en torno al presente o evocar los tiempos idos. Glantz es una tuitera activa que ha hecho de sus expresiones en esa red social un pulimento de sus deseos, angustias, preocupaciones que sintetiza con maestría en 240 caracteres. Durante la etapa de la pandemia, ha estado particularmente activa y crítica; publica a diario y hace de ese foro un espacio no sólo de desahogo en estos tiempos de angustia, sino de profunda reflexión dentro del breve espacio en el que se construye su relación con otros tuiteros y con la realidad que allí se propone en una cotidianidad las más de las veces fugaz.

La escritura de la urgencia en Twitter no significa para ella una escritura inútil ni intrascendente; sino que busca el sentido de esa urgencia al expresarse y la dota de un carácter enfático y aforístico. No es sólo la expresión de la inmediatez, sino la comunicación con otros tuiteros que se ven reflejados en lo que dice o que pasan por sus textos con la rapidez de lo que no necesariamente perdurará en la Red, salvo

para echarlo en cara a alguien cuando hay una crítica política. Y no es que la escritora no tome acción ni partido por situaciones sociales, pero ella sabe usar las redes también para la evocación, una invitación a ir más allá de una respuesta simple, de un comentario o un corazoncito rojo. Glantz conoce los mecanismos de la Red y sabe que son formas de comunicación que bien usadas pueden ser propositivas. A continuación, algunos ejemplos de sus tuits en esta etapa oscura de la pandemia:

- * Mi energía ya no es renovable.
- * El futuro de los diseñadores estará en la estética de los cubre bocas.
- * Un muro derribado por el huracán: ¿simbólico?
- * Propongo que aunque esté lloviendo mucho, en lugar de una modernidad líquida, pensemos en una esponjosa.
- * Ahora mi pasatiempo mayor es ver cómo pasa el vacío.
- * ¿Los no viajes, los zoom meetings, los desabrazos, la boca amordazada, la quiebra, la desrarificación?
- * Según las estadísticas, he vivido 25 años de sobre-existencia.

Si bien su participación en otra red social es distinta, sus producciones en **FB**, también son seductoras. Lo mismo pone fotografías de trabajos artesanales

con su propuesta de un huipil al día, que ocupa la red social para reflexiones de otro calado, no exentas de humor e ironía:

Pasa que alguna vez fui joven y ya pasó.

Así pasa lo que pasa y pasa y algo ya pasó.

¿Les ha pasado a ustedes que sepan bien lo que pasa y por qué pasa?

Porque los años pasan y uno pasa también.

Y todo es pasado y nunca hay presente.

Siempre se acaba: esto es un ejercicio feisbuquero.

No se me pongan filosóficos.

No tengo ninguna nostalgia.

Escribo lo que me pasa por la cabeza y pasa algo, por lo menos en la escritura.

Los ejemplos usados para analizar a una mujer casi del Renacimiento (si se hubieran permitido expresarse a mujeres pensantes en esa época) sintonizan con la actualidad de lo que muchos usuarios, sobre todo jóvenes, hacen con las redes sociales. Pero el ejercicio de Margo Glantz va más allá, nos muestra que una expresión ahí, que generalmente se utiliza para el ataque, la agresión ahí o el chisme, pueden tener otro sentido: son formas de lectura y de escritura que proponen otros usos para la comunicación con los demás.

A los dieciséis es un libro abierto, plural, que permitirá a los jóvenes (y a sus profesores) leerlo con diversas formas de organización. La selección que se ha realizado para ponerlo en manos de los estudiantes



es una forma de tejido que se desteje, que se acomoda, que permite variadas posibilidades de lectura. Lo mismo se pueden leer pequeños relatos, microficciones, que textos evidentemente autobiográficos que tienen a la memoria y a los recuerdos como eje; recuerdos de infancia, de juventud que en su brevedad abren la puerta a múltiples espacios vitales de una ficción más robusta y, al mismo tiempo, crítica, analítica, sensorial que permite a quienes leen completar historias, mirarlas desde su propia óptica, reescribirlas y trazar las rutas personales de apropiación de lo leído.

La ironía (“Era un hombre tan conflictivo que el alma comenzaba a partirse desde la barba”), la crítica social (“Las mujeres se entregan a un ritual de tocador que con fervor sagrado les permite convertirse en animalitos de vitrina”) son sólo algunos de sus recursos con los que la autora se siente más cómoda, pero juega con las reescrituras, el humor, los dichos populares, las mitologías y una pluralidad de intertextos que convocan autores tan distintos como Octavio Paz, Efrén Rebolledo, José Juan Tablada, John Keats, **E.T.A. Hoffmann**, Edgar Allan Poe o José Asunción Silva, entre muchos otros que le abren caminos, que le permiten convocar a la memoria, que la conducen hacia relecturas y reescrituras para integrarlas a nuevas formas del recuerdo.

A los dieciséis es un gran baúl que permite mirar diversas formas de seducción con la palabra; hace



posible encuentros, con realidades literarias, ficticias y artísticas que también incorporan referencias cinematográficas, y musicales que forman parte del mundo vivido por la escritora. Glantz hace acopio de variadas experiencias de vida y de múltiples lecturas del mundo para organizar una realidad en la que conviven el México ido y el actual, sus raíces judías, su familia, especialmente su padre y algunas de sus obsesiones cotidianas que parecerían menos profundas, casi superficiales, como la vestimenta o los zapatos que pueblan parte de su entorno social en el que la apariencia también es un reflejo de quien es, de su mundo.



El libro que ahora se añade a una extraordinaria colección de lectura para jóvenes tiene también una invitación para profundizar en distintos temas a partir de algunas de las reflexiones que generan la colección de ensayos de Margo Glantz reunidos en el volumen, que abordan tanto temas literarios y artísticos, como otros muy personales: historias de vida, que irá ligando con temas políticos, eróticos, literarios o de género, las cuales convocan a mujeres como sor Juana (una de sus más grandes pasiones), Mariana Alcoforado o Alice James, entre otras.



Glantz es ante todo una lectora voraz de toda clase de textos, pero también es una lectora activa y crítica de la cotidianidad, de la que logra extraer un inventario de tonalidades que van desde una mira-



da fascinada por los tejidos de las diversas regiones geográficas del país, hasta una aproximación ácida y furiosa sobre las realidades sociales de México y Latinoamérica.

Viajera incansable, rescata su paso por el mundo en un inventario de tonalidades, de sensaciones, relacionadas con la mirada de lo otro, de lo ajeno que logra apropiarse en sus múltiples recorridos por los itinerarios que responden a variadas geografías reales y sentimentales; a mapas precisos de la geopolítica actual o territorios imaginados que se abren a la fascinación, pero también al desencanto. Glantz ha hecho del arte de viajar una forma no sólo de su asumido carácter consumista (“Me acuerdo de que soy consumista, vestidos, zapatos, collares, aretes, pulseras, ropa interior, libros, cuadros, chucherías, frutas, sombreros que nunca me pondré”), sino de un encuentro, un contacto con otras formas de vida, de cultura, donde nada está dicho, nada está predeterminado y se puede hallar de frente con el encanto o el desencanto del paisaje.

Margo Glantz es una profesora universitaria que ha tenido a la **UNAM** como su casa desde el bachillerato y que continúa en activo, ya como profesora emérita, en la Facultad de Filosofía y Letras. Su pertenencia a la **UNAM**, como la de muchos docentes extraordinarios que forman a generaciones en la Universidad de la Nación, es una manera excepcional de construir la vida académica. Leer *A los dieciséis* es sin duda una invi-



tación excepcional a leer con ojos jóvenes las distintas realidades imaginarias o no, a las que nos invita la escritora, realidades que tienen en el texto literario una forma de contemplar el mundo, que es también una forma de conocerlo, de analizarlo o de asomarse a variadas formas de la ficción que invitan al alumnado universitario joven a trabajar con dos habilidades de las que la escritora es una muestra viva: la pasión por la lectura y la pasión por la escritura. Ustedes a los quince, dieciséis o diecisiete son los nuevos lectores y escritores de su realidad.

María Isabel Gracida Juárez
Ciudad de México, 2020



A los
dieciséis



Narraciones

Se llamaba Melisa

Se llamaba Melisa. Nada permitía suponerlo. El nombre de Melisa evoca espacios aéreos, visiones líquidas, rasgos esbeltos. Esta era fofa y protuberante. La tradición exige que todas las Melisas sean cándidos sueños o graciosos seudónimos con los que los poetas bautizan a sus musas. Aparecen, aquí y allá, mujeres con esas letras convocando en sus ojos el misterio. Esta Melisa es agua que muerde, tremolar mullido de caderas, megera silbando su iracundia entre los senos amargos y caídos. ¿Cómo nombrarla con nostalgia?

No pronunciarás. México: Premiá Editora, 1980, p. 29.

Claro de luna

De noche, Varanasi, que antes se llamaba Benarés, es una ciudad espléndida, aún más cuando la luz eléctrica

falla de repente, la luna llena ilumina las escalinatas de mármol y los templos y palacios adquieren una realidad fantasmagórica.

Barcas encalladas, pintadas de blanco y azul, son vestigios arqueológicos de edades muy remotas; coexisten con la realidad. Los siglos se encaraman, como los edificios, los unos sobre los otros.

Caminamos, evitando pisar la boñiga de las vacas.

Saña. México: Ediciones Era, 2007, p. 97.

Recuerdos de infancia

Georges Perec hubiese debido apellidarse Peretz como su antecesor, el otro gran escritor que se expresaba en yiddish, o como su propio padre, judío polaco. Aunque Perec sea sobre todo un escritor francés, su nombre conservó la impronta ortografía eslava.

Elijo su obra, a manera de parábola o quizá hasta de metáfora. El padre Icek Judko Perec, soldado del ejército francés, muere en 1940 a consecuencias de una herida en el vientre cuando combatía a los alemanes; la madre, Cyrla Perec, desaparece en 1942 y muere en Auschwitz; tres de sus abuelos desaparecen también, quizá allí mismo. Durante la guerra el niño es recatado por la Cruz Roja y enviado a un internado en un pueblo pequeño: en 1945 es adoptado por una hermana de su padre y educado en París.

Desde 1955, Perec escoge deliberadamente la profesión de escritor, es decir, la escritura como posibilidad

de sobrevivencia. Su escritura tendrá que reflexionar de una manera u otra sobre ese horror, el de la deportación y la desaparición, de las que Auschwitz sería el paradigma:

No sé si tengo algo que decir, sé que no digo nada, balbucea en *W o el recuerdo de la infancia*, novela de aventuras que sigue a la vez el modelo de Roussel y el de Julio Verne: alegoría también de los campos de concentración.

No sé si lo que tuviera qué decir no se dice porque es indecible (lo indecible no está agazapado debajo de la escritura, es lo que la ha hecho estallar); sé que lo que digo es vacío, neutro, signo de una aniquilación total.

Es eso lo que digo, es eso lo que escribo y es eso y solamente eso lo que se encuentra en las palabras que trazo y en las líneas que esas palabras designan y en los blancos que deja aparecer el intervalo entre líneas; aunque pudiera detectar mis lapsus... solo encontraré el último reflejo de una palabra ausente a la escritura, el escándalo de su silencio y de mi silencio.

No escribo para decir que no diré nada. Escribo: escribo porque vivimos juntos, porque fui uno entre ellos, sombra entre sus sombras, cuerpo cerca de sus cuerpos; escribo porque ellos dejaron en mí su marca indeleble y su huella es la escritura, su recuerdo está muerto para ella, pero la escritura es el recuerdo de su muerte y la afirmación de mi vida.

Y Levi, por su parte, concluye: lo decible es preferible a lo indecible, la palabra humana, al gruñido animal.

Saña. México: Ediciones Era, 2007, pp. 190-191.

Historias de géneros diversos

Los turbantes le sirvieron a Simbad para protegerse del sol; para salvarse de sus naufragios; para vendarse las heridas; para viajar por los aires con el ave Roc; para adornar su cabeza; para ahorcar a los que quisieron darle fama, y, sobre todo, para no parecerse a Ulises. Ahora las mujeres los usan sólo porque la revista *Vogue* los ha puesto de moda.

Las mil y una calorías. Novela dietética.

México: Premiá Editora, 1978, p. 10.

Historia sísmica

Era un hombre tan conflictivo que el alma comenzaba a partirsele desde la barba.

Las mil y una calorías. Novela dietética.

México: Premiá Editora, 1978, p. 13.

Historia de buen gobierno

La mejor manera de conservar el decoro de una ciudad es administrar con rigor los castigos; para ello es necesario recurrir a los siguientes procedimientos: golpear con los nudillos las puertas jorobadas hasta enderezarlas, pisar los callos de los mudos, tronchar las lenguas de las vacas, acortarles los picos a los

colibríes y sobre todo, fustigar a los oradores oficiales para que guarden silencio y caminen sobre la punta de los pies cuando pasan personas de respeto.

Las mil y una calorías. Novela dietética.
México: Premiá Editora, 1978, p. 15.

Historia de escaparate

Las mujeres se entregan a un ritual de tocador que con fervor sagrado les permite convertirse en animales de vitrina.

Las mil y una calorías. Novela dietética.
México: Premiá Editora, 1978, p. 31.

Historia del embajador de Mozambique

Hubo una vez un país negro y lejano al que fue enviado un escritor famoso. De los árboles colgaban las ramas cargadas de bananos y de mangos y el diplomático paseaba por la selva en su mercedes blanco, ataviado elegantemente a la moda de los años treinta: traje color té con leche, camisa rosa claro de seda fina, corbata de Christian Dior y acompañado de su jolivudesca esposa. Nada les faltaba para ser felices, ni el aire acondicionado que durante los paseos los protegía del aire viciado que exhalaban los nativos. Un día —nunca los paraísos fueron eternos— su felicidad se extinguió y con los trajes manchados regresaron al país de nunca jamás del que nunca jamás debieron haber salido.

Las mil y una calorías. Novela dietética.
México: Premiá Editora, 1978, p. 50.

Historia inmortal

Después de un siglo de ausencia la bella durmiente comprobó, aterrada, que el vientre le colgaba como papada sobre las rodillas.

Las mil y una calorías. Novela dietética.
México: Premiá Editora, 1978, p. 53.

Historia de juventud

Los zoológicos contemplan asombrados al cocodrilo, que cuando quiere llorar no llora y a veces llora sin querer. Al indagar las causas de su conducta contesta: No lloro, nomás me acuerdo.

Las mil y una calorías. Novela dietética.
México: Premiá Editora, 1978, p. 57.

Historia de brujería

Si se colocan hileras de ajos en las moradas se ahuyentará a los vampiros y se propiciará a los amantes.

Las mil y una calorías. Novela dietética.
México: Premiá Editora, 1978, p. 58.

Es necesario volver a las ballenas

Es necesario volver a las ballenas, a sus huesos, a su ilustre desembocadura donde se alojan los profetas. Es peligroso olvidar sus grandes ojos y su bello y redondo surtidor que anuncia por los mares y los circos una lectura fiel del Evangelio y un signo interrogante de la espuma. ¿Cómo olvidarlas si son enormes carabe-



las despojadas de sus jarcias y su rostro muestra el de Jonás o el de su hermano Melville? Blancas, las ballenas viven entre arpones, escondiendo el semen como los grandes toros de Santa Gertrudis que lo refrigeran en cuernos tibios y sagrados: la ballena se enrosca en vientre vigoroso, y su útero gigantesco cumple con las voces que nos llegan desde Conrad, los circos y Collodi.

La ballena me gusta porque no se parece a los pelicanos y porque a diferencia de las aves que anidan en la costa devuelve al mar su acción estercolaria.



En su lomo reluciente relucen las algas y los sargazos se posan. Las ballenas son bellas hasta cuando se quedan en los huesos y se emplean como lenguas en las fajas o cuando se vuelven broches esplendentes y blancos, calcinados por la espuma y por el sol que Joseph Conrad concentró en el tifón de sus palabras. Me gustan las ballenas por su inteligente piel de seda o por su dañada textura perfumada y sus ojos oblicuos y humorísticos. Me gustan por su voz pues ellas fueron las sirenas ocultas que a Jasón y a Ulises fascinaron. Me gustan porque desdeñan hasta al mar y lo conservan como tumba cuando se suicidan dejando flotar sus huesos blancos, balsas deslumbrantes, asilo para náufragos. Me gustan las ballenas, pero también los caracoles y hasta los guijarros y cangrejos que agujeran las arenas. Me gusta la esperma gigantesca que se vuelve vela encendida y desplegada en los albores de



los mástiles y vergas. Me gusta su doméstica mirada en los jardines de exhibición de Disneylandia, aunque me gusten menos los delfines por su peligrosa cercanía con reyes coronados y absolutos. Me gustan las ballenas porque reinciden en sirenas y me gustan por su bestialidad mamífera y acuosa, salada, por su ímpetu y su estruendo, por sumergirse como los cachalotes; por inundar las atroces abras de la arena, por refugiarse en los parques nacionales, por su extinción prematura y por la azulidad extensa, apaciguada, con que rompen las olas primerizas y cósmicas de su exilio corpulento.

Doscientas ballenas azules y cuatro caballos.

México: UNAM, 1981, pp. 9-10.

El cabello como striptease

Los varones de pelo en pecho miran a las mujeres de larga cabellera desparramada sobre los hombros, o detenida con un broche. La mujer fatal que recorre la agonía romántica, esa hermosa mujer, *la belle dame sans merci* de Keats, recoge en el cabello una verbalización que se evade, una palabra que no toca el cuerpo, una intimidad que la desnuda al anticiparla con los cabellos. Efrén Rebolledo, mexicano y poeta modernista, empieza a revelar el cuerpo, y los cabellos, morbosamente largos, cubren la desnudez al tiempo que la marcan, descubriendo la sensualidad que deja caer vestiduras con un *striptease* verbal cuyo primer ropaje desgarrado es el cabello.

Corre los cerrojos de tu alcoba
quita el broche que sujeta tu vestido
y acurrúcate en tu cama de caoba
como el pájaro en el hueco de su nido.
desentierra tu peineta y tus horquillas
y desata tu cobriza cabellera
que desciende por tus hombros y mejillas
cual virtutas de balsámica madera.

El pelo es una metonimia rigurosa: al desatar los cabellos de su amada el poeta la descubre entera, desnuda sobre su lecho. Desgarra la vestidura y abre la verbalidad cancelando un pudor que ha dejado en suspenso cualquier palabra que desnude brutalmente lo sexual. Efrén Rebolledo parece ser el único modernista mexicano que se atreve a describir carnalmente la sensualidad, “esos pecados suntuosos” a los que se refería Octavio Paz al hablar de José Juan Tablada. La red de sugerencias que el cabello teje desde los tiempos bíblicos, cuando Sansón perdía la fuerza al perder los cabellos, vuelve a enmarañar una poesía que revela, subrayándola, su relación con lo romántico. Rebolledo convoca a Hoffmann y, a través de Hoffmann, al vampiro cuando inicia un poema así:

Tengo miedo a ese murciélago con las alas extendidas
que en rico artesonado pone un triángulo luctuoso

produciendo escalofríos en tus formas ateridas
y llenando nuestras almas de terror supersticioso.

El estremecimiento del delirio que la morbosidad simbolista recarga, encuentra de nuevo viejas imágenes que el siglo XIX manosea sin reparos: una zoología erótica se sustenta en ellas y del vampiro pasamos al visitado cuervo que Poe lanzara a volar por los poemas nocturnos que en Colombia rozan el hombro de María y la cargan de música de alas las noches de Asunción Silva.

De la amorosa inclinación a enredarse en cabellos.

México: Océano, 1974, pp. 17-18.

Partir el cabello en trenzas

Se inicia con la separación de los largos cabellos de la mujer que espera en el lecho, y se termina con la descripción inusitada de una parte del cuerpo femenino, antes oculto pudorosamente por la palabra o desnudado estatuariamente para perfeccionar a la naturaleza.

Entonces fueron abiertos los ojos de
Ambos y conocieron que estaban
Desnudos; entonces cosieron hojas de
Higuera, y se hicieron delantales.

Cuando Rebolledo cubre doblemente con la oscuridad del vampiro “la esfera del vientre” de la amada.

De la amorosa inclinación a enredarse en cabellos.

México: Océano, 1974, pp. 20-21.

Soltarse el pelo

Del cuerpo lo único volátil es el cabello y, para los antiguos, el alma. Por eso quizá Schopenhauer decía que las mujeres eran animales de cabello largo. Pero a diferencia de los animales a quienes no les vuela el pelo, las mujeres solían tenerlo largo y su extensión lo hacía movedizo. Los cabellos vuelan y su crin se mueve: de allí viene probablemente Pegaso. Las aves tienen plumas y se deslizan con suavidad: la ligereza de ciertas mujeres las hace aves. Semíramis fue hija del aire y comparte con él sus plumas, la crin y el cabello. Con sólo mirarla “el sol se enamora”. Sí, el cabello es prodigioso.

Cuando Luisa, la mujer de Jorge, en la novela de Eça de Queiroz *El primo Basilio*, enferma, es necesario cortarles los cabellos. Y Jorge siente el presagio de la muerte: un estremecimiento recorre su cuerpo sólo al ver las tijeras, pues ellas son símbolo de corte al ras, de corte definitivo con la vida y aparecen como un anuncio devastador de la pérdida del cuerpo. Antes, Sansón ha perdido la fuerza: ha bastado que Dalila le haga perder la cabeza y con ella el cabello. Estar sin pelo, tener la cabeza rasurada es para Sansón la pérdida de

la virilidad. Aunque ciego, Sansón es capaz de derrotar a los filisteos porque tiene de nuevo crecido el pelo.

Cuando Efraín, el novio de María (la dulce María que tantas lágrimas hizo derramar en toda América), regresa de su viaje intercontinental, sólo encuentra las trenzas de su amada, único despojo vivo de su pelo. Y no había amantes (en el sentido romántico del término) que no pidieran como muestra suprema de afecto y de compromiso un mechón de cabellos del amado (a). ¿Quién no tenía un guardapelo?

El gran filósofo Nietzsche decía de las mujeres cosas bastantes desagradables: *Las mujeres son tigres o vacas, o a lo mejor pájaros*. Y es que a la mujer se le tiene a distancia como un ser extraño que conserva aún las trazas salvajes de su primer estado. Es animal de lujo o animal doméstico, pero también animal salvaje. Todo es la mujer, menos hombre, y decimos hombre en el sentido en que siempre se ha usado esta palabra, como sinónimo de humanidad. No hay mujeres que sostengan la prueba de humanidad para el hombre; ella siempre se esconde bajo su pelo (o ahora dentro del alma, porque el pelo se lleva corto y es difícil repetir la frase típica del animal de cabellos largos e ideas cortas, que circulaba por allí). Para los antiguos, la reina Semíramis era una paloma, para el dramaturgo español Calderón, un pájaro, aún mejor, era hija del aire: hay mariposas amarillas, llamadas mariposas monarca que migran como las aves y su



recorrido está vinculado al círculo de su desarrollo, como el pelo en la mujer, como las plumas en las alas del ave, ni más ni menos que Semíramis, reina oriental, mujer admirable que llena las páginas de la historia como los pájaros llenan las de la zoología. Monstruo extraño, monstruo emplumado, cuerpo extraño, cuerpo protegido y realzado por la cabellera, esa cabellera que había de ocultarse para el amado: las mujeres hebreas llevaban peluca para que sólo el esposo pudiese gozar de sus cabellos, imagen de su cuerpo, estuche de belleza, guarda insignia total.

Y es el pelo justamente el que preside cualquier intento de ambivalencia corporal. En las viejas comedias de enredos, las damas tenían que vestirse de hombres para salvar su honra o simplemente para viajar y es el pelo que encubre y descubre. Una doncella que se viste de hombre tiene que parecerse apenas a un adolescente, es decir a un doncel sin barbas porque las trazas equívocas del vello que cubre el rostro revelan la virilidad a punto de estallar y sólo en el momento breve en que los dos sexos pueden parecer uno, en ese momento en que los jóvenes parecen doncellas y viceversa porque la delgadez del cuerpo y la elasticidad los hace hermafroditas, sólo en ese momento, repito, es válido el travestimiento. Y conste que antes no existía el unisex, sólo en las comedias galantes y en algunas historias de mujeres no conformes con su condición esclava, recluidas en



un gineceo, siempre vestidas con largas faldas, amplias e incómodas, aunque majestuosas. La mujer que se traviste o el joven que se disfraza de mujer tienen que cuidar su pelo y mantener la cara lisa y suave como los niños, que son como los ángeles y los ángeles tienen plumas como los pájaros y hemos vuelto al punto de partida: las mujeres son como las aves. Sí, porque las aves vuelan y la mujer siempre ha tenido ganas de volar, o por lo menos, siempre tuvo ganas de volar en la antigüedad, cuando cualquier paso dado era un paso en falso, un paso traicionero y contumaz, un paso que la precipitaba en la desgracia porque se había soltado el pelo. Soltarse el pelo es casi imposible ahora, apenas en el sentido metafórico, porque el pelo se lleva tan corto que cuesta desatarlo, aunque hay mujeres que conservan la melena como perfecta manera de amarrar: Las grandes divas, las grandes vedettes, las *pin ups* han tenido pelo, largas cabelleras que hacen tiritar de emoción a los espectadores. Y sobre todo cuando son rubias, porque los caballeros las prefieren rubias como a Marilyn Monroe, a Brigitte Bardot o a Jean Harlow. Las mujeres de pelo corto fueron guerrilleras: Ingrid Bergman en *Cuando suenan las campanas* y es de esperarse que su pelo crezca en la domesticidad y, cosa curiosa, al crecer dentro de la casa se pierde el encanto: todo amor a pierna suelta tiene que darse en condiciones espantosas, como en la guerra, porque en la paz sólo la mujer soltera



debe conservar en su pelo la gracia, o las grandes personalidades de la historia: Por ejemplo, Medea, la hechicera, esa mujer insoportable que no tiene empacho en matar a sus hijos para vengarse de su marido, es hechicera en quien se concentran los males naturales, esa mujer que desmiente de antemano su condición humana, esa mujer que hace repetir a los hombres las calumnias consabidas y las espantadas muecas de admiración y despecho, porque Medea (y también Circe) es maquiavélica (condición inherente a los príncipes de sangre) a pesar de ser como reptiles, de arrastrarse por tierra (envidian con todo el vuelo de las aves y Medea es capaz de volar conducida en una carroza que hacen avanzar por los aires los dragones).



Medea y Circe son consideradas el símbolo de las pasiones naturales que los antiguos llamaban, con desprecio y con admiración, “pasiones deshonestas”. Sentir una pasión deshonestas, sentir con fuerza el amor en el cuerpo, estremecerse con él, suspirar y entrecortar los aires, manifestarse, es malsano, peor, es sucio, por eso Circe vuelve puercos a los compañeros de Ulises y lo hechiza a éste, lo hace un ser sin alas, cercano a la tierra, hozando en el lodo sudoroso del amor. Circe es la naturaleza y Ulises es el alma. Curiosamente, el alma ha ensuciado a la naturaleza y no al contrario. Quizá esa sea la revancha. La razón que los antiguos daban a Ulises ha permitido la destrucción de la naturaleza, de la que la mujer es cuerpo vivo, envidiado y rechazado,



repleto de sustancias milagrosas y nefastas. Pero ese cuerpo extraño que puede arrastrarse y también volar, esa síntesis de sierpe y de ave, esa Medea-Marilyn de largos cabellos y de ideas cortas es ahora la que reivindica a la naturaleza contaminada por la razón y por la idea de progreso.

De la amorosa inclinación a enredarse en cabellos.

México: Océano, 1974, pp. 47-50.

Retratos y cabellos: mujeres

Ha habido épocas en que las mujeres aparecían siempre en los retratos: Saint Beuve, el conocido crítico francés, les dedicó varias series, a manera de pinturas. Es evidente que las mujeres que sobresalieron en el XVIII fueron mujeres nobles, las demás (tampoco los demás) existían. Como ejemplo véase una cita de aquella famosa madame de Sévigne que apasionaba a Proust (y a su abuela), una cita de una carta dirigida a su hija adorada, después de una rebelión de campesinos de la baja Bretaña y de las terribles severidades a que fue condenada:

los revoltosos de Rennes se han escapado hace tiempo; así los buenos padecerán por los malos, pero todo lo encuentro muy bien con tal de que los cuatro mil hombres en armas que están en Rennes, a las órdenes de Forbin y de Vins, no me impidan pasar en mis bosques, que son de una altura y de una belleza maravillosas.

Después agrega: “Han cogido a sesenta aldeanos: mañana empezarán a colgarlos. Esta provincia es un buen ejemplo para las otras, sobre todo en lo de respetar a los gobernadores y a sus esposas, en no decirles injurias y en no arrojarles piedras a su jardín”. En otros jardines los gobernadores han recibido, según expresión de esta noble mujer, “cólicos pétreos”, lanzados por el pueblo. Uno recuerda esa película de Schlöndorff donde los pobres de Kolback son colgados por haber robado una conducta de oro.

Sin embargo, si se pone entre paréntesis al pueblo que sólo existía en función de su color local y de servicio, Madame Sévigné es un modelo. Proust lo sabe y sus conductas morales muchas veces son preceptos. Como casi todas las mujeres de su tiempo tuvo conexiones con las famosas preciosas, ridículas para Molière, pero inspiradoras de un movimiento de gran importancia en Francia, y también como muchas de ellas tuvo que ver con el jansenismo y la herejía de Port Royal: su religiosidad era grande y su serenidad también (excepto en cuestiones populares). Madame de Sévigné y Madame de Lafayette determinan un estilo de escrituras, opuesto al de las preciosas, “un estilo amplio, suelto, abundante, que sigue la más corriente de las ideas, un estilo de primera intención y espontáneo”, agrega Saint Beuve y luego completa: “Deja trotar su pluma con la brida sobre el cuello, y de paso, siembra a profusión colores, comparaciones,

imágenes y el espíritu y el sentimiento le brotan de todos lados”.

Madame de Longueville le atrae también particularmente. Conectada con los más altos príncipes franceses, los que propiciaron la Fronda, Madame de Longueville termina sus días en Port Royal, ayudando a los jansenistas, gran amiga, como Madame de Sévigné, de ese Nicole, personaje fundamental en la historia del movimiento y tan cercano a Pascal. La señora de Longueville se dedicó primero a la política, entremedio al libertinaje, y luego a la contrición. Nicole hace un retrato inolvidable de esta mujer y la describe así:

... tenía el espíritu muy fino y muy delicado respecto al conocimiento de los caracteres de las personas, pero era muy pequeño, muy débil y muy limitado en cuestiones de ciencia y razonamiento y en todas las cosas especulativas en que no se tratara de cosas de sentimiento. Por ejemplo, le dije un día que yo podía hablar y demostrar que había en París dos habitantes por lo menos que tenían el mismo número de pelos, aunque yo no pudiese señalar quiénes eran esos hombres. Mi demostración es ésta, le dije: Doy por supuesto que la cabeza mejor provista de pelos no posee 200 mil y que la cabeza menos provista es la que no tiene más que uno. Si ahora suponemos que 200 mil cabezas tienen todas un número diferente de pelos, es preciso que tengan cada una uno de los números de pelos que

se hallan entre 1 y 200,000, pues si se supusiera que había dos entre esas 200,000 que tuviera el mismo número de pelos, habré ganado la apuesta. Ahora bien, suponiendo que los 200,000 habitantes tienen todos un número diferente de pelos, si presento un solo habitante más que tenga pelos y que no tenga más de 200,000, es preciso necesariamente que ese número de pelos, cualquiera que sea, se encuentre entre 1 y 200,000 y, por consiguiente, sea igual al número de pelos de una de las 200,000 cabezas. Ahora bien, como en lugar de un habitante por encima de los 200,000 hay muy cerca de 800,000 habitantes en París, veis perfectamente que es preciso que haya muchas cabezas iguales en número de pelos, aunque yo no las haya contado. —Madame de Longueville no pudo nunca comprender que se pudiera hacer una demostración de esta igualdad de pelos y sostuvo siempre que la única manera de demostrarlo era contarlos.

Yo sería igual que Madame de Longueville en circunstancias parecidas. Creo que la aseveración de Schopenhauer: “la mujer es un ser de cabellos largos e ideas cortas”, proviene de Nicole.

De la amorosa inclinación a enredarse en cabellos.

México: Océano, 1974, pp. 74-76.



Las genealogías

[...]

A LOS DIECISÉIS AÑOS de mi vida se casó una de mis primas hermanas, creo que Lila: entonces se usaban unos vestidos negros que llegaban a la rodilla, con un largo exacto a la Chanel, y decorados con lentejuelas de colores, casi trajes de luces; no insisto en su brillantez porque es obvia, pero mis lentejuelas sobrepasaban cualquier medida y su brillo (correspondiente al de mi apellido) opacaba el brillo de las de mi hermana: las mías eran rosa mexicano y las de ella azul plumbago. Pero ni así logré que los jóvenes judíos ortodoxos pero bailarines me sacaran a bailar alguna pieza. En cambio Lilly pasaba ante mis ojos danzando como un trompo (creo que así se dice) y cuando yo, totalmente preocupada por mi apariencia (hay que advertir que mi pelo fue siempre rebelde y mis cabellos adquirirían una consistencia dura y vio-

lenta, que me hacía parecerme a un famoso campeón de lucha libre llamado Blakamán que quizás era un mago) descansaba un rato para imaginar que ahora sí alguien vendría a deshacer la morosa (y altisonante) espera, sonaban los acordes de un tango en el violín de don Moishe Ivker, el músico de la colonia, aquel que después, cuando ya había pasado de moda y no lo contrataban, se quejaba diciendo: “pero si yo toco los más bellos y modernos mambes de México”.

Las bodas judías se celebraban en Nidjei Isarel, en la calle de Justo Sierra, en la primera sinagoga (en forma) que construyó la comunidad askenazí, porque entre los judíos suele haber diferencias en las geografías de Europa y del Oriente, y al sonar el tango mi alma sufría y el acordeón caía dentro de ella como un cuchillo en medio de la mantequilla y yo sentada, inmóvil, a pesar de los múltiples reflejos de mi traje.

También me sucedía eso cuando era sionista (a lo mejor me metí en el sionismo porque los jóvenes judíos eran socialistas y revolucionarios y, por tanto, menos dados a las diferencias): después de las sesiones serias de adoctrinamiento había bailes colectivos y todo iba bien cuando bailábamos la hora (especie de *square dances* o de bailes cosaco), pero en cuanto empezaban los bailes de pareja, todos me dejaban parada: por lo menos se produjo un cambio, antes me quedaba siempre sentada. Me acuerdo también de ese viaje que hice con Lilly a Pátzcuaro, con los



niños del Colegio Israelita, niños que no tenían nada que ver con nosotras porque nosotras siempre fuimos a escuelas goin y yo, por lo menos, nunca he podido aprender otras lenguas. Mascullo el inglés, medio hablo el francés y apenas entiendo el yidish coloquial; del hebreo mal conozco las letras.

Por las noches había conferencias en yidish y yo tenía que oír las sentada con los ojos cerrados a media asta, a menudo ensalivados para poder abrirlos al sonido de los aplausos. Una vez escuché un comentario que se me ha quedado grabado como esos tangos imbailables de mi adolescencia: “Qué hombre tan brillante el señor Glantz, lástima que tenga hijas tan tontas”. Olvidé decir que mi padre fue a visitarnos y una noche dirigió un discurso apasionado y humorístico que todos aplaudieron, menos yo, porque me dormí a la mitad de la perorata; me consuelo cuando recuerdo a algunos críticos musicales que se dormían a la mitad de la novena y no despertaban ni con la oda a la alegría. En ese viaje escuchamos por la radio la noticia de Pearl Harbor, en 1941.

En el Colegio Israelita, en el que estuve los dos últimos años de la secundaria (con muchos sufrimientos), tomaba cursos especiales y me peleaba con los profesores, que lo que menos tenían era serlo, y querían tratarnos como niños ucranianos o polacos de *jeider* en el Distrito Federal: llegaban de Europa, refugiados sin saber español, y nosotros nos pasábamos

la clase diciéndoles mentadas que se quedaban en el aire o pasaban por frases judías.

Una vez llegó un nuevo director, gloria del bundismo internacional, asociación socialista antisionista (¡cuántas cosas juntas!) y me preguntó si había leído *Tebie der miljiker*, la obra dramática más importante de Scholem Aleijem, convertida en Broadway en *El violinista en el tejado*, y en México en *Manolo Fábregas*. Le contesté a duras penas que no (él no sabía español y yo apenas sabía yidish), y él me dijo que cómo era posible que la hija de un poeta judío no la conociera; hasta ahora me sigue la vergüenza, más aún porque la pregunta fue profética y me casé fuera del pueblo elegido, como la hija del protagonista, que al final de su vida (de casada porque el marido la abandona al poco tiempo gritándole cosas feas sobre su origen) se arrepiente. Yo no. Mis padres sufrieron mucho cuando me casé con un *goi*, pero se consolaron cuando supieron que por obra y gracia de la providencia mi marido era circunciso antes de su nacimiento y que algo le tocaba del Mesías. Ahora mi padre acepta complacido cuando algún joven no judío, casi siempre de edad madura, le pide que le sirva de padrino para una circuncisión tardía, hecha con el deseo de contraer santo matrimonio con una muchacha judía de padres ortodoxos.

Las genealogías. México: Martín Casillas Editores, 1981, pp. 194-198.

[...]

Hace muchos años vivimos en el pueblo de Tacuba en tres casas diferentes. La primera era pequeña con un jardincito y se instalaba en un Mar de esos que abundan por Clavería, aunque ésta fuese una cerradita polvosa cerca de la Calzada México Tacuba, llamada Golfo de Campeche. Teníamos un perro, El general, perro policía que fue envenenado para seguir la tradición que se inicia en México desde tiempos sin memoria que se reseñan en *Los bandidos de Río Frío* o en las crónicas de Ángel de Campo. Otro perro lanudo era rosa porque mi hermana Susana lo había bañado con mercurio: no se murió, sólo vivió toda su vida como Edith Piaf.

La otra casa estaba en Popotla, enfrente del Árbol de la Noche Triste, noche que asocio siempre con el cine Popotla, también con unas calaveras que mi padre colocó en la entrada de la azotea y que resultaron ser de una joven indígena de veinte años y la de un vencido soldado de Cortés, ya sin yelmo y sin caballo.

Yo me sentaba a llorar también todas las noches (quizás exagero, porque a veces cantaba himnos, sobre todo un corrido aclamando al Padre de la Patria, que comenzaba así: “El 16 de septiembre de 1810...””) cuando mis papás salían y me quedaba con mi hermana Lilly que me obligaba a jugar con ella a las luchas libres: cada quien adoptaba un nombre de

guerra, ella era el León y yo la Tigre (no La Tigresa). Al final de la lucha yo caía siempre por el suelo y mi hermana me amenazaba con bajar las calaveras si le contaba algo a mis papás. Su sadismo no era natural, provenía de una criada que se llamaba Paula, quien la obligaba a meterse en el agua hirviendo sin chistar y si no lo hacía le daba de nalgadas. Yo pagaba luego el pato. Entonces teníamos una pequeña zapatería que vendía zapatos de *glacé* negro para abuelitas y zapatos de *vamp*, gris y azul marino, tacón muy delgado y llenos de tiritas que valían 23.50 pesos. Luego tuvimos otra zapatería que se llamaba *La Nueva*, con modelos del centro y precios de Tacuba.

Por esas épocas vi también *Drácula* y desde entonces soñé con él: ahora estoy escribiendo un libro sobre la sangre que empieza con la mosca tsé- tsé. La misma Paula u otra sirvienta semejante me obligaban a irme a dormir y pasar por un corredor oscuro por donde me imaginaba que pasaría el conde rumano. Mis papás no estaban porque había venido Berta Singerman o porque estaban tomando café en el *Principal*.

Por esa época también abandoné la religión de mis antepasados. Lilly y yo aprendíamos inglés, con unas señoritas decentes venidas a menos que vivían con su mamá en una buhardilla en la azotea, al lado de nuestra casa. Estas jóvenes sintieron lástima por nosotras, les parecíamos dos niñas angelicales y tuvieron miedo de que muriéramos sin conocer el Paraíso:

nos volvieron cristianas. Nos bautizó un padre de la iglesia de Popotla que tenía las manos casi negras y muy enmarañadas, vestía una sotana y nos bendecía con grandes sonrisas y nos daba a besar su peluda diestra. Desde entonces no sólo sueño con Drácula sino también con King Kong al que le dedico mi libro sobre el cabello. Nuestro bautismo fue seguido de una primera comunión organizada por la familia Sodi Pallares que vivía por la colonia de Santa María la Ribera en una casa porfiriana con emplomados y lámparas estilo *Tiffany*. El desayuno de primera comunión fue servido con tamales, atole, *QuoVadis?* y *Fabiola*, y misales encuadernados en piel blanca con un bello crucifijo dorado. Cada domingo nos confesábamos y comulgábamos y volvíamos al cine Popotla a ver los episodios de *Flash Gordon*. Por eso mi cristianismo se mezcla con los héroes de los comics y con los episodios seriados por donde deambulan *La sombra*, *Fabiola*, *Drácula* y *King Kong*. Es seguramente un cristianismo maravilloso.

Las genealogías. México: Martín Casillas Editores, 1981, pp. 215-218.

[...]

A veces se exhibían documentales en el cine Regis y varias muchachas de pelo negro y rizado entraban repetitivamente en un campo de concentración, luego,

entraban, también con insistencia, en los hornos crematorios. Generalmente, se parecían a mí, y de esas visiones me ha quedado adherida a la piel una sensación de culpa cotidiana, la de haber podido escapar al número que se ostenta cerca de la muñeca derecha o a esa marca indeleble, la estrella amarilla, que se cosía al abrigo de los inviernos parisinos, por la época en que desfilaba por ellos Max Jacob, a pesar de haberse convertido al cristianismo.

Las genealogías, México: Martín Casillas Editores, 1981, p. 61.

[...]

Siempre quise ser Flash Gordon, sí, desde niña, nunca Dalia (Dale) Carter, ni siquiera la perversa Ornela Aura. Me hubiera gustado viajar por los aires en una bicicleta *rocket*, pero en blanco y negro, como viajaba el Flash Gordon episódico de mi infancia. En cambio, sólo he viajado en KLM cuando se hacían veintiocho horas (por lo menos) para llegar a Ámsterdam y se desembarcaba con los pies hinchados y sueño atrasado de (por lo menos) veinticuatro horas y uno iba al cine esa misma noche y veía *El salario del miedo* con Yves Montand y se dormía en las curvas de la carretera en que se mataba el protagonista por exagerado. Luego, uno visitaba los museos obligados y preguntaba por

Van Gogh o por Vermeer y nadie los conocía y uno pensaba entonces que los holandeses eran ignorantes e incultos, hasta que se descubría que La Haya era Den Jaj y Fan Joj era el pintor que se cortaba las orejas.

Las genealogías. México: Martín Casillas Editores, 1981, p. 88.

[...]

—Mi vida fue muy interesante,¹ la revolución me alcanzó en Krivoy Rog. En el 15 estaba en la colonia, en el 16 y en el 17 en la ciudad de mi tío, aunque la revolución no llegó a los lugares pequeños, allí llegaban los desertores, pero fue muy interesante la primera guerra mundial. También iba de la colonia a la ciudad y por ese entonces, como todo estaba revuelto, llegaba mucha gente a nuestro pueblo, vagabundos; en las ciudades no había qué comer, en las colonias agrícolas nunca faltaba la comida, pertenecían a la inteligencia. También llegaron judíos sionistas que hicieron una pequeña *ajshará* en mi colonia, colonias agrícolas de aprendizaje para luego ir a Israel. Esa *ajshará* se fue luego a Constantinopla y mi mamá y mis hermanas que llegaron a Turquía en 1922 los vieron de nuevo allí. Querían llevárselas a Israel, pero mi

¹ La voz narrativa perteneciente a este texto es del padre de Margo, el poeta Jacobo Glantz.

mamá prefirió ir a ver a mis hermanos a los Estados Unidos. Me sirvieron mucho todos, leía con ellos, aprendí bien ruso, y cuando llegó la revolución a mi comarca yo fui revolucionario.

Mamá lava los platos en la cocina, luego viene y nos pide que pasemos a la mesa, está sirviendo el té. Vamos y allí mi papá prosigue entusiasmado. Antes me he pasado varios días pidiéndole que me cuente algo de su juventud y se niega, todo le parece sin interés; de repente algo se ilumina de nuevo en su cabeza:

—Hasta 1917 nunca hubo pogroms en nuestras colonias, con los movimientos revolucionarios todo llegó. Pero ya te lo he contado.

—Yo acabo de encontrar unas cosas muy interesantes, dice mamá, seguro que te van a fascinar.

—Espérate un poquito mamá, papá está recordando cosas que antes nunca me había contado. Vamos a oírlo.

—¿Quieres té?

—Sí.

—La revolución... siéntate aquí, Marguito, ¿estás cómoda? Los revolucionarios querían liberar a Ucrania, había bandas de todo tipo, gente buena, pura, que quería ayudar y bandas de bandidos que nos mataban. ¡Qué vida la mía! ¡Qué interesante! La primera guerra, la revolución, ¡qué maravilla! Como todo estaba un poco confuso, llegaba gente a esconderse a mi pueblo, gente de mucha experiencia, muy inteligente, ¡cómo me sirvieron!, ¡cómo me enseñaron! Ellos me volvieron

revolucionario. Eran muchachos y muchachas grandes, tenían como veintidós o veintitrés años.

En 1921 fue a Jerzón y estudió un curso para ser instructor de marxismo, más tarde a Odesa, en 1922.

—Una vez me mandaron a Moscú como delegado de las juventudes de Odesa a un congreso de agricultura, allí conocí a Lunacharski, a Rádek, bolcheviques. Lunacharski era de la aristocracia, él vino a dar conferencias a la exposición ganadera con una actriz del brazo, Lunacharski era un hombre interesante, alto, lo mismo que Rádek, ¿sabes quién fue Radeck?, era un bolchevique. Rádek venía de Galizia.

—¿De Polonia?, ¿judío?

—Sí, era judío polaco, pero estuvo en la revolución rusa, creo que su nombre era Rosenfeld, era un bolchevique de Lenin, Karl Rádek, también conocí a Zinóviev y a Kámenev.

—Kalinin, dice mamá.

—A Kalinin también lo vi, ¿qué tenía yo que hacer con ellos?, yo era un muchacho, los vi de lejos, me interesaba lo que decían, vine muy chico para poder estar con ellos. Yo conocí a muchos líderes en aquel entonces. Kámenev y Zinóviev eran judíos.

—Zinóviev era cuñado de Trotski, agrega mamá.

—Yo tenía muchos diplomas y certificados de esa época con mi retrato, pero al pasar por el corredor polaco de Danzing, entré en el excusado del tren y rompí todos los papeles, no sé por qué, tenía miedo

y los rompí, y no nos quedó nada.

—No es cierto, digo triunfante, yo tengo varios, están todos rotos, hechos cachitos.

—Como nuestra vida.

Las genealogías. México: Martín Casillas Editores, 1981, pp. 51-54.

[...]

Hablamos por teléfono todos los días, invariablemente. Es casi sagrado aunque sea como oír llover algunas veces. Papá dice:

—¿Qué haces?, ¿por qué no vienes?, ¿qué escribes?, y ¿las niñas?, ¿vienes el domingo?, ¿de veras?, que boino.

Mamá toma la bocina, la otra, la extensión, y su voz suena joven como cuando yo era niña. Los cuellos de mi mamá eran de piqué blanco, almidonados, otros de *crochet* muy bien trazado, usaba una rosa prendida cerca del escote o al lado y unas pieles de zorro que ahora yo tengo y con las que juega Renata. Empezó a pintarse como cuando yo tenía diez años, sólo los labios, de rojo, y salía muy hermosa, con su rosa y sus pieles. Llevaba el pelo largo y liso, recogido hacia atrás, más nunca usaba anteojos, aunque era muy miope: luego empezó a usarlos y se cortó el pelo. Cambió su imagen. La recuerdo con nostalgia, también a papá, entonces rasurados, con los anteojos aquevedados

que ahora cuelgan en la pared de mi recámara junto a los retratos y a los cuadros, abajo los ojuelos azules, vivos, siempre pícaros, platicando con el doctor Reinking, otorrinolaringólogo, y ambos hablaban de una mujer y se reían: “Tenía una inmensa *zhopa*”, ahora sé que *zhopa* es culo y *curve* puta, palabra que mi mamá pronunciaba a menudo cuando mis padres discutían y yo los miraba sin comprender muy bien por qué peleaban. Como un recuerdo fijo, inmenso, reiterado, ese collar que nunca vi en el cuello de mi madre pero que era largo, largo, un *sautoir* de enormes cuentas ovaladas, encarnadas, de un ámbar oloroso que mis tías habían traído de regalo de Constantinopla; con él jugábamos a veces en la vieja recámara de madera pesada, color ocre con vetas casi negras, tiradas en los cálidos colchones de plumas que mi abuela Etel le diera a mi madre como dote. En él se fueron perdiendo muchas de las cuentas.

El collar me lo regaló mi madre alguna vez, ya corto; después de una larga ausencia de mi hermana menor, Shulamis, me lo pidió prestado y se lo regaló a ella, cosa que a veces me produce un rencor que ya no dura. Es difícil borrar ciertas caras, ciertas cosas, sobre todo las que se quedan picadas en el álbum de familia.

Las genealogías. México: Martín Casillas Editores, 1981, p. 97.

[...]

Sigo en Acapulco. Me visto y me arreglo los ojos, ligeramente, como conviene en la playa cuando el mar nos da color. El espejo me triplica, mi perfil es el de un emperador romano. Me choca, como me chocara cuando me descubrí por primera vez de perfil a los dieciséis años. Afortunadamente, me digo, ese perfil es el de un emperador y no el de un esclavo que echaron a los leones; pero me detengo, fulminada, acaba de pasar por mi cabeza la imagen del emperador Nerva, cuya cabeza esculpida y guillotizada se ha colocado sobre el cuerpo del emperador Diocleciano, y prefiero tener el perfil de cualquier cristiano comido por los leones y catequizado por el judío Pablo.

Salgo con Renata, convertida en una Lolita cualquiera, y veo mi cuerpo agrazado, sufro, pero la suerte me acompaña. Pasa una mujer madura, por no decir otra cosa, gordísima y en bikini morado, las carnes le cuelgan con desgracia y a su lado un señor con los pechos más caídos que los míos. Me calma. Voy a la playa. Ya es de noche. El mar aligera los recuerdos y la brisa. En la playa siguen vendiendo camarones y ceviche, mojarra frita, collares, vestidos, aretes, piña colada, me conformo con la arena y con la espuma (parece joropo venezolano), rehago mentalmente mis genealogías, recapitulo, es hora de darles un punto, si no aparte, al menos suspensivo: ante mí contemplo

mi medio siglo con el mismo asombro preciso y reposado y con el mismo entusiasmo estremecido y arqueológico con que Napoleón contemplara las pirámides cuando estuvo de paso por Egipto...

Las genealogías. México: Martín Casillas Editores, 1981, pp. 244-246.

Ensayos

Los secretos de una mano

Empieza a caer en desuso la vieja ceremonia casamentera de la petición de mano. La novia era pedida por los padres o tutores del novio: los padres o tutores de la novia aceptaban conceder la mano de la futura desposada a su prometido y la boda se consideraba determinada en el momento mismo en que los jóvenes intercambiaban anillos en señal de desenganche. En *La celosa de sí misma*, Tirso de Molina juega al pie de la letra: un joven provinciano comprometido a casarse con una madrileña rica entra a la primera iglesia que encuentra al llegar a Madrid y advierte con embeleso una mano maravillosa en el momento mismo en que la dama, con elegancia, se quita un guante. La dama está embozada y una capa le cubre, celosa, el cuerpo. ¡Amor a primera vista!, pero por una mano. Ventura, el gracioso habitual de la comedia, se lo reprocha a

su patrón y organiza, en verso, la burla. Pero Don Melchor no ceja: Ventura, palabras deja/aplicadas a tu humor, / y en esa mano te queda, / que es la mano que he visto no más. — ¡Ay qué mano! ¡Qué tez, qué venas! / ¡Ay qué dedos tan hermosos!

Los oficios manuales

Y Melchor está en lo cierto. El matrimonio ha sido concertado por las familias de los prometidos, los novios ni siquiera se conocen, es, literalmente, el amor a ciegas, y la única certeza que existe es una concesión de mano. Melchor se enamora de inmediato, ¡el flechazo! Tirso mutila el deseo y lo concentra en una parte de la anatomía, echando mano de esa figura retórica conocida como sinécdoque; es más, adora con perversidad esa mano antes cubierta tan cuidadosamente por un guante, como lo es el cuerpo por el manto y el rostro por el embozo. La petición de mano precede a la posesión del cuerpo y el amor por los ojos entra. Por los ojos de Melchor ha pasado la imagen de una extremidad. Tirso combina con desenfado —calcado del que esgrime su gracioso— los usos de la mano: y no todos son románticos. Melchor se vale de una estratagema para entrar en conexión con Magdalena: se finge ladrón y corta los cordones que atan el bolsillo de la dama a su cintura y Melchor se acerca a devolverle su tesoro. Ventura advierte con horror que el bolsillo es nada menos que el único dinero que el joven tiene

para sobrevivir en la Corte. En juego rápido e ingenioso se combinan con precisión los oficios diversos de la mano: la operación sigilosa y certera del ladrón permite incluir a la vez el corte de los cordones que aprisionan el bolsillo y la entrega ceremoniosa de la prenda que unirá a los jóvenes: un monedero se intercambia y en él va toda la capacidad amorosa del enamorado: cuando la dama lo acepta reconoce la fragmentación. Los futuros desposados se apartan del mundo y de sus cosas. La mano es una efigie, el guante el estuche que la encubre. Las otras manos cumplen con los oficios habituales: trabajan, manosean, pulen, bordan, gesticulan, realizan el trabajo cotidiano. Las manos del amor se prestan a la contemplación, a la metáfora; las manos de la vida se entregan al trabajo, se contaminan, se ensucian, se agrietan, se perducen. La mano que contempla Melchor —porque hasta en eso acentúa Tirso la fragmentación: *una sola mano*— es blanca, perfecta, estatuaria y por ello las palabras que utiliza el poeta hacen referencia siempre a objetos duros y preciosos, propios para la escultura y el artificio: son de diamante, de mármol, perladados, de cristal, y el guante es el nicho, el estuche, el pedestal. Las manos de Ventura, el criado, son de carne y hueso y tienen uñas, mugre, se transforman en garras o se deforman para tirar un manotazo, dibujar una amenaza o amasar el pan.

Melchor persiste y en su ensoñación perfila el cuerpo que antes ha mutilado: Mano de tal perfección/

fuera culpable indecencia/ que sirviese de instrumento/a cara menos perfecta./ Mandó Alejandro pintar/ en una tabla pequeña/ la corpulencia de Alcides,/ y por mostrar su grandeza/ solamente pintó Apeles/ el dedo pulgar, que intentan/ medir gigantes a varas,/ para que hiciesen la cuenta/ que tan grande sería el cuerpo/de quien en un dedo emplea/aritméticas medidas;/ y yo, de la suerte misma,/ conjeturo por la mano/ qué tal será la belleza/ del dueño de tal Ministro.

Magdalena por su parte mira a su alrededor desconfiada de cualesquiera otros ojos que pudiesen causar enojos. Ella contempla el cuerpo entero del galán, vestido a la manera de la corte, advierte su garbo, aquilata la musculatura, y mirándole de frente se enamora. En ella ha actuado también el flechazo, y los dardos los maneja Cupido con su tierna mano. Al lado, el gracioso juega... con la mano del mortero o, como diríamos en México, con la mano del metate.

Dramaturgia de la perfección

El cuerpo es un concepto anterior a la contemplación y, por ello, arquetípico. La belleza es ideal y preconcebida. La dama imagina al hombre con quien ha de casarse por deber familiar y lo compara con el joven a quien ha contemplado en la iglesia: su galanura le cuadra, porque entra correctamente en las leyes de la proporción, esas leyes que delinean la galanura. El galán fragmenta, hace de la mano su fetiche: el cuerpo



entero paraliza, la parcialización seduce. Tirso subraya. Los juegos del amor se vuelven los juegos del deseo y la metaforización ritual, a la que inclina el arquetipo, organiza los gestos del fetichismo. En la España de Tirso es necesario conectarlos con la religiosidad y el lugar ideal es, ¿por qué no?, la iglesia, aún más, la pila del agua bendita, ese lugar donde lo húmedo se adhiere con perfección, como el guante a la mano, a la piedra y a la idea de purificación, pero también a la sexualidad, a esa sexualidad que se trasgrede perversamente y se une a la religiosidad del lugar otorgándole un incentivo a la mirada y a la vez una concreción.



Tirso viola el estereotipo y lo desnuda, con la misma celeridad con que Magdalena se despoja de su guante, revelando la hipocresía del cortejo y el fetichismo de las frases consagradas: Don Melchor está en lo cierto, se le ha prometido una mano y es sólo ésta la que le provoca el deseo; el cuerpo desvelado es más piedra que la piedra misma con que se construyen las estatuas, la mano cercenada es su verdadero objeto porque concentra en ella toda la fuerza y la sensualidad del imaginario. El guante juega también, separado del resto de la vestimenta, el papel del traje entero. El cuerpo femenino será descubierto después de la boda, aunque no entero, suavemente protegido — Tirso lo reitera en unos versos— pero al futuro esposo sólo le interesa el *striptease* del guante y de la mano. Del mundo exterior lo único válido



es la iglesia —en ella celebrará su boda— y la pila del agua bendita— en ella se inserta la mano— por la fuerza misma del deseo, castigando la integridad y cercenando el cuerpo, y sin exagerar, el mundo entero. El universo del amor es la miniatura y el objeto amoroso es el fetiche. Por eso se otorgaba la mano. Es la de Tirso la que nos devuelve concentrada en la poesía y en la sutil dramaturgia la perfección escueta de una frase consagrada: la petición de mano.

Las correspondencias

Si se lee *Fragmentos de un discurso amoroso* de Roland Barthes, el libro que lo volvió famoso fuera de la academia, pienso de inmediato en las correspondencias, en las cartas de amor, en las viejas y maravillosas posibilidades de la letra manuscrita, en la caligrafía y en los papeles perfectos, esos papeles que tan cuidadosamente buscaba Walter Benjamin, esos papeles que debían estar cubiertos por una letra menuda y perfecta, delineada con primor porque sin buena letra no existía el genio.

Estrategia y matemáticas

En el libro de Barthes el pretexto es Goethe, más aún, Werther. El enamorado desdichado y, suena a ripio, pero Werther fue tan desdichado que murió de amor. Pero antes de morir de amor escribió cartas y lanzó miradas sesgadas a su amada infiel. Al hablar de las cartas de amor, Barthes cita algunos ejemplos famosos

y, claro, primero que nada el libro más conocido en ese contexto en la literatura occidental, *Las relaciones peligrosas* del pérfido Chordelos de Lacos:

“Observe bien —escribe la Marquesa de Merteuil, personaje principal de esta novela— que, cuando escribe a alguien, es para él y no para usted: debe pues buscar menos decirle lo que piensa que lo que le agrada más”. La marquesa no está enamorada (agrega Barthes, y yo agregó: claro que no está enamorada, si lo estuviera, las cartas serían su veneno, al no estarlo, son el veneno de los demás); lo que ella postula es una correspondencia, es decir, una empresa táctica destinada a defender posiciones, a asegurar conquistas; esta empresa debe reconocer los lugares (los subconjuntos) del conjunto adverso; es decir, trazar la imagen del otro para el otro (una verdadera correspondencia en el sentido casi matemático del término). Pero para Werther la carta no tiene valor táctico: es puramente expresiva —en rigor, aduladora (pero la adulación no es aquí en absoluto interesada: no es sino la palabra de la devoción) —; lo que entablo con el otro es una relación no una correspondencia, insiste Barthes: la relación pone en contacto dos imágenes. “Usted está en todas partes, su imagen es total, escribe de diversas maneras Werther a Carlota”.

Trampas de papel y tinta

¡Y yo que había pensado que las correspondencias aseguraban una intimidad! Barthes me pone a pensar. Es evidente que Madame de Merteuil, la inteligente marquesa de *Las relaciones peligrosas*, utiliza las correspondencias como elementos de una estrategia militar donde lo amoroso es el campo de batalla. Cada carta es una especie de lima que va debilitando los barrotes detrás de los que se parapetan quienes, inocentes, temen a quienes fingen amar. Amar es dejar caer la fortaleza, abrir las ventanas al enamorado para que trepe por el pelo de la que se ofrece y que al final de su camino es guillotinado por aquel que sube la torre y la toma como en cualquier batalla medieval. Cada carta es un ariete, cada carta es una trampa. Werther se tiende trampas a sí mismo, toda carta no correspondida es un paso más hacia la muerte. Y la ternura no obliga, y las dulzuras cansan, y la amada se impacienta. ¿Qué cosa más aburrida que las ternezas de quien no amamos? ¡Qué inútiles sus lamentos, qué banales sus lloros! El deseo no correspondido mata la relación. Es un deseo sin finalidad, sin destinatario real porque la carta regresa al lugar de dónde ha salido. La carta de amor no correspondida es como un boomerang: le cae al enamorado en la cabeza y lo desnuda.

“Como deseo, prosigue Barthes, la carta de amor espera su respuesta; obliga implícitamente al otro a responder, a falta de lo cual su imagen se altera, se

vuelve otra. Es lo que explica con autoridad el joven Freud a su novia: 'No quiero sin embargo que mis cartas queden siempre sin respuesta, y dejaría de inmediato de escribirte si no me respondes'. Perpetuos monólogos a propósito de un ser amado, que no son ni rectificadas ni alimentados por el ser amado, desembocan en ideas erróneas sobre las relaciones mutuas, y nos vuelven extraños uno al otro cuando nos encontramos de nuevo y hallamos cosas diferentes a las que, sin asegurarnos de ello, habíamos imaginado. (Aquel que aceptara las "injusticias" de la comunicación, que continuara hablando ligeramente, tiernamente, sin que se le responda, adquiriría una gran maestría: la de la Madre, concluye Barthes.)"

Los gusanos del olvido

¡Es prodigioso! Estamos con la Madre y yo enlazo; si la posibilidad única de escribir sin respuesta nos acerca al único ser capaz de esperar con paciencia infinita (al menos ésta es la imagen de la abnegación a la que estamos más acostumbrados), entonces la monja portuguesa permaneció en su sitio. Recordemos: la infortunada Mariana Alcoforado (o el personaje de invención que fue Mariana) escribe largos lamentos a un destinatario que alguna vez fue su enamorado. Un capitán francés de paso por Lisboa la requiere, la persigue, a pesar de su convento. Ella cede. El enamorado parte y la deja asomada a la ventana, eternamente



asomada a la ventana enrejada de su celda, esperando que el amado la recuerde y regrese por ella, la rapte, la deje libre de su prisión de piedra y de la prisión de amor. El enamorado no regresa, el enamorado no contesta, sobre todo no contesta. Si Mariana Alcoforado sigue confiando en la correspondencia, Mariana Alcoforado es la imagen misma de la Madre. ¿Y qué otra cosa es una monja? La castidad y el amor no correspondido no implican una relación, sino una espera, una mansedumbre, una persistencia. Mariana escribe, y su destinatario no responde. El deseo ha terminado y la carta de amor se devuelve a quien la escribe. Esa espera, ese lamento tendrán otros lectores: nosotros, los que amamos el amor no correspondido, la nostalgia, las ternuras, los lamentos.



La falta de correspondencia provoca un sentimiento especial, un abandono que nos deja ulcerados, dolidos. Barthes espía a Werther espiando a su vez a Carlota, hablando con la indiferencia de un moribundo, para imaginar su propia muerte y la insensibilidad de su amada cuando esa muerte ocurra: “Del amor asunción demencial de la Dependencia (tengo absoluta necesidad del otro), surge cruelmente la posición adversa: nadie tiene verdaderamente necesidad de mí, resume Barthes interpretando a Werther”.

“Sólo la madre puede lamentar: estar deprimido, reitera Barthes, es llevar la figura de la Madre tal como me imagino que me llorará para siempre: imagen

inmóvil, muerta, salida de Nekuia; pero los otros no son la Madre: para ellos el luto, para mí la depresión”.

Barthes vuelve a la Madre, dato autobiográfico, él, que murió un poco después de su madre, incapaz de sobrevivirla, convertido de repente en madre de su madre, deprimido, devastado por su muerte, ha imaginado el dolor de Werther contemplando de antemano su cadáver no llorado, su cadáver visto con indiferencia, abandonado a los gusanos del olvido. Werther permanece como la efigie definitiva del dolido. También Mariana Alcoforado. Sus cartas los identifican y nos inscriben en ese camino del discurso amoroso que esbozará con genialidad Barthes y que a veces parece tan obsoleto como los coches viejos o los refrigeradores de hielo.

Las hermanas de los genios

En *El cuarto propio*, libro-clave para las escritoras feministas, Virginia Woolf le inventa una hermana a Shakespeare. Quizá no hubiera tenido necesidad de hacerlo porque los genios por lo general tienen hermanas. ¿No fue ese el caso del poeta francés Paul Claudel? ¿Camille Claudel no tuvo, según nuevas lecturas de su obra, un genio equivalente al de su hermano? Mejor, su genio no iba por el mismo rumbo, seguía el de otro gran hombre, el de Augusto Rodin, su amante, el inmenso escultor francés. Lo que importa, en realidad, es averiguar qué pasa con una mujer que crece en una familia donde hay varios



genios (varones) o con una mujer que se une a un gran hombre, si esas mujeres tienen, por sí mismas genio.

Tal fue quizá el caso de la única hermana de los James. Henry James, gran admirador de las mujeres y creador de personajes femeninos extraordinarios, dijo de su propia hermana: “En nuestro grupo familiar a las muchachas se les dio escasa oportunidad de elegir”. El padre dedicó su vida a educar a sus hijos pero no creía en la educación de las mujeres. “Las mujeres sólo existen —escribió— para amar y darle felicidad al hombre”. Alice James fue la hija menor y la única mujer. William, su hermano mayor, fue uno de los más importantes psicólogos y filósofos norteamericanos de finales del siglo XIX, y el hijo segundo, Henry James, uno de los novelistas más grandes en lengua inglesa. Alice se dedicó a construirse, como muchas mujeres victorianas y solteras, una vida de invalidez. No tuvo una educación brillante, no fue bella, no cometió audacias, pero se enfermó con singular amenidad y levantó con perseverancia, digna de mejor causa, un edificio singular, el de sus achaques. Este sistema de construcción que las mujeres se permiten o al que se las orilla, no es nada nuevo. En la Edad Media y en el periodo barroco, las santas se distinguen muy especialmente por su abnegación en referencia a la enfermedad. Eran enfermeras y se enfermaban; una digresión, permítanmela: ¿no nos enfrentamos a una gran crisis hospitalaria ahora que las mujeres no se



resignan más a adoptar ese sistema de abnegación que las hacía elegir como carrera la enfermería? Alice James perfeccionó un catálogo exquisito de malestares característicos en las mujeres de su época: dolores de cabeza, colapsos nerviosos, desmayos, histerias vociferantes, gracias a los cuales llamaba la atención de su familia, asimismo privilegio de las heroínas románticas que pueblan el mundo de los libros. Las mujeres de la clase baja no acudían a esos subterfugios porque tenían que ganarse la vida. La enfermedad de Alice era una dolencia femenina de las clases altas, una enfermedad que padecían con exquisitez sobre todo las solteras, pero también las casadas cuando sus maridos las descuidaban o cuando el excesivo ocio las trastornaba.

La mujer como ornamento es una aberración. Alice James decidió salir de su marasmo escribiendo un diario. Se ha publicado; no alcanza con él la celebridad. Paradoja: su celebridad mayor fue haber sido la hermana menor, achacosa y casi inválida de los James. Duerme con ellos en el cementerio familiar formando para siempre un grupo escultórico ejemplar.

Las tribulaciones del martirio

Las actividades femeninas son muy variadas. Conocemos sobre todo las que la constriñen al ambiente íntimo de la casa o del gineceo donde la mujer se encierra (o es encerrada) para desempeñar las labo-



res propias de su sexo, sin las cuales las actividades públicas se desplomarían sin remedio. Esa imagen persiste, enriquecida por los desacuerdos humanos, y sin embargo hubo mujeres que en la antigüedad se lanzaron a la calle, deseosas de exhibirse y desnudarse en la publicidad de un acto decisivo. Estas mujeres fueron mártires y además vírgenes. De muchas sólo conocemos los milagros y la santidad, por ejemplo, Santa Rosalía quien fuera devota de los que sufrían del sarampión o la viruela, quizá porque en su martirio las huellas de la sangre imprimían la imagen grotesca del puntillero estampado en las carnes de su cuerpo. Santa Dorotea intercede por quienes se dañaban las rodillas, porque en su martirio sus miembros maltratados se ofrendaron para siempre a esa dolencia tratada hoy gracias a la prosaica y cotidiana labor de los ortopedistas. Los exvotos ofrendados en las iglesias vindican esas piernas dañadas o esos brazos rotos cuya penosa crónica eterniza la hagiografía.

La historia de las santas es pública. Del transcurso silencioso de la casa, del remoto anonimato que las excluye de la historicidad, las jóvenes doncellas, ansiosas de martirio, surgen a la luz con escándalo y alboroto. Su santidad se exhibe y se ostenta en la desnudez: la desnudez absoluta del cuerpo abierto, tajado, arañado, malherido.

Como si el escondido recato con el que se visten dentro de la casa —en lento deambular de pasos



sigilosos— cediera frente al violento deseo de la notoriedad comprada con la sangre. El accidente mensual, la tajadura de la que mana el rojo líquido se guarda en la intimidad: la intrusión del hierro en el cuerpo, la marca infame del fuego, la violación convocan otra sangre, igual a la que secreta el cuerpo de los soldados muertos en el campo de batalla, pero al mismo tiempo la sangre totalmente personal y femenina del martirio, del acto único que persiste y hace olvidar toda la historia cotidiana y se eterniza en el momento exacto en que la sangre sale a borbotones de la herida provocada con precisión y gozo.

La combinación de violencias y el refinamiento que conducen a la santidad permite sintetizar en unas cuantas líneas la historia de una vida, vivida solamente para ese momento único que convierte a la paciente en una mártir dispuesta a figurar en todos los relatos de santos como ejemplo definitivo y total y como símbolo de una relación con el mundo, sintetizado en la rápida y musitada oración que recitan en las iglesias y dentro de sus alcobas las mujeres convocando a sus patronos para aliviarse de cualquier martirio, depositándolo en los cuerpos estáticos de las santas, reproducidas en imagen al óleo o corporificadas en el mármol o en el estuco policromado de las estatuas.

Leamos el relato de una vida: Santa Bárbara, virgen y mártir, de la ciudad de Nicomedia, fue hija de Dióscuro, quien, al enterarse de que era cristiana, la

presentó ante Marciano, presidente del emperador Maximiliano quien la mandó azotar, arañar, quemarle los costados y cortarle el pecho ante su cruel padre. No satisfecho, el juez la sentenció a ser degollada, ejecución realizada por el propio padre a los 4 días del mes de diciembre de 238 DC. “Defendiéndose Dióscuro que hacía un gran servicio a sus Dioses (cito literalmente), volvía por la ciudad y repentinamente cayó un rayo que le quitó la vida y casi al mismo tiempo la hija subió al cielo...”.

Santa Bárbara sufre la mutilación, primero de sus pechos, especie de castración a menudo ejecutada contra estas virtuosas jóvenes que se entregaban gozosas al martirio, sin vacilar, aunque les costara la cabeza, segunda mutilación definitiva. El fuego las troquela y no contentos con ese tatuaje infame, los verdugos juegan con la santa y en su cuerpo ejecutan todas las vilezas hasta las que parecen fruto de la ociosidad: ¿para qué arañarla?

Las santas esperan y exhiben sus llagas en la oscuridad de los altares, iluminadas apenas por las veladoras y por el acrisolado resplandor de los milagros; hay piernas, hay brazos, hay corazones traspasados de metal dorado, quizá de metal precioso pero siempre como transposición de un acto que se aleja del cuerpo propio y se deposita en el de la martirizada perpetua, oscurecida y maltratada por el tiempo, con capas de barniz que cubren con pudor su desnudez y con



la tela arrugada y deshecha de los lienzos donde el pintor estampó de nuevo y según la moda del tiempo su martirio.

Casi todas las santas del Cristianismo primitivo son vírgenes y niñas, tienen 13, 14, 15 años, son castas y puras, no toleran la desnudez y sin embargo la ostentan, como si esa desnudez tan prohibida y tan cubierta por los lienzos mencionados tuviese su única justificación en el desvelamiento público: la intimidad se abre ante la multitud. A veces Cristo las protege,

como a Santa Inés, de 13 años, romana, fue puesta ante los jueces a quienes declaró estar desposada con Cristo y de aquí fue llevada con pregón a la casa de las públicas mujeres, desnudas de sus vestidos, y su esposo Jesús le creció el pelo con que se cubrió el cuerpo hasta los pies, y ya estando en la casa halló junto a sí una ropa blanca que se vistió; la mandó Aspasio poner en una hoguera partiéndose las llamas que quemaron a los demás sacerdotes y escribas de los dioses quedando la santa libre y sin lesión alguna; al fin fue degollada el día 29 de enero de 303 imperando Diocleciano.

El juego erótico perverso se despliega y se exhibe sin problemas. Para gozar hay que sufrir y esto lo saben las santas y sus verdugos, lo saben mucho antes que el divino marqués de Sade. El regodeo de



la luz y de la sombra enmarcado por el lienzo y el dorado y voluptuoso cuadro reiteran la ceremonia de la mutilación, reviven el fuego de la hoguera, subrayan la exhibición corpórea y al mismo tiempo la escamotean, al colocarse las pinturas en los rincones más oscuros de las iglesias: pregonan su descastado y violento acontecer y advierten del precio altísimo que supone la ruptura del enclaustramiento, el deseo de notoriedad.

¿Ese será el único destino?: ¿el silencio de la casa o el grito de la víctima? La tela tejida y destejida perpetuamente o el cuerpo marcado y puesto en la picota. El deleite y la voluptuosidad del martirio, la persistente y azarosa vía de perfección, el regodeo de la violencia, en suma, la santidad electiva, la posición permanente, contemplativa, de la víctima frente a la actividad de su verdugo; en fin, la transposición de una imagen erótica por su perversidad al estatismo del recuerdo y a la sacralización del arte: hemos salido de la casa.

*El texto encuentra un cuerpo. Buenos Aires,
Ampersand, 2019.*

Al leer las noticias

Al leer las noticias cómo discernir qué es lo más importante: que Andy Warhol fuese adicto a la sopa Campbell por más de veinte años; que un tropo o figura de significación sea un tipo de figura retórica

que consiste en el uso de palabras en sentido figurado, distinto al habitual, para describir determinados conceptos; que Macri haya empezado su gobierno imponiendo a dos jueces en la Suprema Corte de Justicia y que Peña Nieto haya hecho lo mismo; que las aspirantes a ganar el concurso de Miss Perú hayan contado los feminicidios en lugar de anunciar sus medidas corporales; que haya habido en 1932 una manifestación antinazi en Berlín y sin embargo triunfara Hitler; que haya causado un gran revuelo y se hiciera una campaña en las redes sociales denunciando la desaparición de Santiago Maldonado en Argentina; que las mujeres trabajen más y ganen un 24% menos que los hombres; que un italiano endeudado se haya prendido fuego frente a la casa de Berlusconi y que éste siga teniendo probabilidades de volver al poder en Italia; que exista la telepatía y que el ex DF tenga relativamente pocas áreas verdes; que detengan a un cómplice de los autores del atentado de noviembre de 2015 en París o que los hijos de los políticos exhiban ostentosamente sus riquezas en las redes sociales; que se descubriera que algunos microorganismos de la Antártida deban, para sobrevivir, compartir ADN entre las especies; que la ciudad siempre se ponga imposible por la cercanía de la navidad; que condenen a sólo un año de prisión a un ruso nazi que mató a un mexicano en Cancún;

que además de ganar menos que los hombres en sus trabajos habituales, las mujeres tengan que trabajar doblemente en sus casas sin que se las remunere; que haya un lector electrónico que no detecte los pelitos blancos que nacen en la cara y se tengan que depilar con pinzas; que podría haber un túnel del inframundo debajo de la pirámide de la Luna en Teotihuacán; que hayan exhibido estupendas fotografías de Flor Garduño o de Graciela Iturbide; que sean perfectas las liederes o canciones de Schubert; que George Pell, el responsable de las Finanzas en el Vaticano haya sido acusado de atacar sexualmente a niños en Australia; que las mujeres ya puedan votar en Arabia Saudita; que el dólar baje en los bancos mexicanos y suba en las casas de bolsa; que continúe prófugo un violador serial de mujeres en el sur de la Ciudad de México; que el Talmud diga que los padres quieren a sus hijos y los hijos a sus hijos; que es difícil que las dietas sirvan para adelgazar; que haya un camión texano en manos de los yihadistas en Siria; que cuando se leen de corrido las noticias parecería que todo tiene la misma importancia; que Cassey Afflek haya ganado un Oscar y acosara a las mujeres que trabajaban con él; que haya una senadora en Australia que intervino en una sesión del Parlamento australiano mientras daba de mamar a su bebé; que haya rehenes en Mali; que se legalice la marihuana; que el terrorismo

se vuelva incontrolable; que sin importar cuál gane de los diversos candidatos de los distintos estados, municipios o incluso países, se siga lavando dinero y traficando armas; que los narcocorridos se prohíban y no sirva para nada; que se decrete la ley de transparencia (dudosa); que un nuevo tipo de detectores de ondas de gravedad pueda ayudar a los astrónomos a resolver el misterio de cómo evolucionan los agujeros negros; que el acoso sexual es un acto vergonzoso e imperdonable, pero la ola de denuncias que han proliferado recientemente propician un ambiente inquisitorial de nuevos Savonarolas; que Lenin haya entrado a San Petersburgo en vísperas de la Revolución rusa; que ya se pueda comer salmón transgénico; que las ciudades tengan arterias; que en las excavaciones para la nueva línea del metro de Roma hallen una excepcional casa del siglo II d.C; que en la compilación Poesía no completa de Wisława Zymborska haya un poema en el que se lee: Cuando pronuncio la palabra Futuro, / la primera sílaba pertenece ya al pasado; que el fenómeno del Niño revele dramáticos cambios climáticos; que las maletas inteligentes que avisan el lugar dónde están ya sean una realidad; que según investigadores de la misión antártica australiana y varias universidades de ese país afirmen que el deshielo en la Antártida facilitará la expansión de ciertas especies, algunas invasoras, a costa de otras

endémicas; que se decreten estados de excepción y sea muy revelador el documental intitulado *No soy tu negro*; que Arthur Conan Doyle fuera también fotógrafo; que Witold Gombrowicz dijera: Estoy impregnado de mentira hasta la médula; que los atentados terroristas se vuelvan cada vez más numerosos y recurran a nuevos métodos de acción; que la policía abatiera en Sevilla a un jabalí que pesaba más de cien kilos; que se declare una tercera o cuarta guerra mundial, aunque en realidad, la guerra ya lo sea, pero a pedacitos, en Irak, Siria, Nigeria, Congo, Venezuela, Centroamérica, México; que quizá Estados Unidos se separe en dos mitades como durante la Guerra de Secesión; que regresen nuevas formas de fascismo y de nazismo, cosa en la que no creíamos y ahora empezamos a volver a creer; que a los dos años y medio más o menos los niños y las niñas tienen que controlar sus esfínteres y que a los seis se les caen los dientes de leche para que los ratones les traigan regalos; que Cervantes tenía muy pocos dientes; que tranquiliza oír la *Patética* de Beethoven; que el 30 de noviembre de 1900 murió Oscar Wilde, que Mark Twain nació ese mismo día en 1835 y, en 1667, Jonathan Swift o que hayan encontrado la caja negra del avión que se estrelló en Colombia; que en *Un hombre que duerme* Perec trazara su autorretrato diciendo: Tengo veinticinco años, veintinueve dientes y un libro sin leer;

que en México y en casi todos los lugares del mundo sacrificuen con enorme crueldad a los animales en los mataderos; que las fiestas navideñas depriman; que una investigación proseguida durante dieciocho meses por el *New York Times* probara que las incursiones aéreas de los Estados Unidos contra el isis han matado muchos más civiles de lo que se reconoce oficialmente; que el veneno de los ornitorrincos pueda quizá curar la diabetes; que se pueda esbozar la autobiografía de un corazón; que Rulfo definiera a un loco diciendo que es alguien a quien lo cogió un remolino en el campo y le removió el pensamiento; que en los hospitales vendan donas, con un contenido altísimo en azúcares y en grasa polisaturada; que en Marruecos quince jóvenes hayan contraído la rabia por tener sexo con una burra; que el 30 de noviembre de 2016 se inició el recorrido de las cenizas de Fidel Castro desde La Habana hasta Santiago de Cuba y que el *New York Times* tenía preparado su obituario desde 1959; que en Bolivia haya habido una terrible sequía y el calentamiento global pueda exacerbarla; que el burro mexicano, antes indispensable, se esté extinguiendo y que una de las causas sea que los chinos han comprado numerosos animales de esa especie; que recientemente Evo Morales se haya enfermado; que el personal de limpieza de la Casa Blanca haya pedido ayuda para combatir la presen-

cia de ratas, cucarachas y hormigas dentro del recinto; que Trump haya retirado a los Estados Unidos de los acuerdos de París y decida bloquear las decisiones tomadas en los organismos internacionales frente al calentamiento global; que debido al intenso frío, las cataratas del Niágara se hayan congelado; que Kafka dijera alguna vez que, afortunadamente, la incongruencia del mundo es de índole cuantitativa, refiriéndose al estado abominable de las cosas en general; que ciertos animales machos tengan un hueso en el pene y los varones humanos no; que a veces se cierre el aeropuerto de la ciudad de Puebla a causa de las cenizas que emite el Popocatepetl; que Airbnb haya ofrecido alojar a los evacuados por el huracán Harvey; que sor Juana Inés de la Cruz naciera al pie de dos volcanes y que el volcán de Colima produzca exhalaciones muy ruidosas que ponen en peligro a las poblaciones aledañas; que la campeona olímpica de tenis Serena Williams denuncie en una carta la discriminación de género; que varias personas resultaran heridas durante el desalojo, por parte de la policía italiana, de cientos de refugiados en una plaza de Roma; que si todas las madres tuvieran acceso a una comadrona, se podrían salvar un millón de vidas al año, por ejemplo en África; que cuando despertó Tito Monterroso dijera que el dinosaurio todavía estaba allí; que una mujer fuera

sentenciada a prisión en Oklahoma por haber contraído matrimonio con su propia madre; que James Joyce estuviera en estado gozoso cuando tocaba el piano y la guitarra y que cuando se publicó el *Ulises* lo prohibieran por obsceno; que el estado del dólar y el cultivo del aguacate sean igualmente preocupantes; que unos niños rescataran a una tortuga beluga bebé que aún tenía el cordón umbilical; que un loro repitiera *No dispare, no dispare*, después de que mataran a su amo; que el 30 de diciembre de 1938, el ingeniero ruso Vladimir Kosma Zworykin patentara el primer sistema de televisión; que Annie Ernaux escribiera un libro llamado *El acontecimiento* en donde relata sus peripecias cuando de jovencita tuvo que abortar y que en numerosos países haya todavía muchas mujeres que sufren por esa prohibición; que Lord Byron contara que varias veces estuvo a punto de volarse los sesos, pero que no lo hizo porque le hubiese dado un gran placer a su suegra; que varias investigaciones recientes revelaran que la recuperación de la capa de ozono podría demorarse varias décadas más de lo previsto, si no se frenan las crecientes emisiones de diclorometano, una sustancia química utilizada como disolvente de pintura y preparar compuestos químicos para refrigeradores y aires acondicionados; que un niño muriera cuando fue arrastrado a un lago por dos cocodrilos

que no lo devoraron; que sea falso que en algunos restaurantes de Tokio se sirve carne humana y que tampoco el canibalismo es legal en Japón; que sea obvio que el estado de cicatrización de una herida sea indispensable para sanar; que a siete años del descubrimiento de las fosas de San Fernando haya aún inconsistencias, como diez cuerpos sin identificar y ocho detenidos sin sentencia; que sean impresionantes las correcciones y marcas que aparecen en las pruebas de imprenta de *En busca del tiempo perdido* de Marcel Proust; que se diga que Dostoievski escribía sus libros para pagar sus deudas de juego y Balzac escribiera más de doce horas al día y bebiera grandes cantidades de café; que algunos parlamentarios pidan dejar sin efecto el derecho a la interrupción del embarazo que había sido promulgado en el Distrito Federal, antes de que fuera estado; que Olivia de Havilland ya haya cumplido cien años y fuera hermana de Joan Fontaine con quien dejó de hablarse desde que eran jóvenes; que nunca se habían tomado imágenes de tan alta resolución como las que tomó la misión Juno en el planeta Júpiter o que Mankell muriera de cáncer y que algunas de sus novelas sean excesivamente sentimentales; que quince barcos de gran calado emiten más oxido de carbono y sulfuro que todos los autos del mundo juntos; que el príncipe Alwalid diga que prohibirles a las mujeres

conducir autos dañaría la economía de Arabia Saudita; que guardias marinos descubrieran una tortuga gigante enredada en bultos que contenían cocaína en las costas de Florida; que para descansar de la algarabía de los políticos sea útil escuchar *Il trovatore* de Verdi; que arresten a muchos trabajadores en Estados Unidos por pedir aumento sobre el salario mínimo; que Jean Paul Sartre escribiera *La náusea* y Jean Ferdinand Céline, *Viaje al final de la noche*; que el enorme socavón reparado en muy breve tiempo en el Japón haya vuelto a abrirse de nuevo y que la corrupción en México haya provocado uno mortal; que haya muerto en diciembre de 2017, a los noventa y cuatro años, Recy Taylor, la mujer negra violada por una pandilla de jóvenes blancos en 1944, caso que produjo un gran impacto y fuera un detonante para organizar uno de los primeros movimientos estadounidenses en favor de los derechos humanos; que en Ensenada se rescatara en un ducto de aire acondicionado un zorrillo doble raya; que se estén extinguiendo los grandes mamíferos en el mundo y que pronto serán leyenda o simplemente fósiles, como los dinosaurios y los mamuts; que el 23 de enero de 2018 muriera a los ciento tres años Nicanor Parra y que Jorge Ibarguengoitia hubiese cumplido noventa años en ese mismo día; que el PRI esté batiendo el récord de gobernantes ladrones; que descubran una serpiente

cósmica conectada a un agujero negro de nuestra galaxia; que ciertos investigadores mexicanos hayan recibido medallas de plata por haber inventado un bioparche para quemaduras; que ahora la gente prefiera ver series en Netflix en lugar de ir al cine o ver la televisión; que, cuando lo capturaron, el Chapo Guzmán haya dicho que seguirán surgiendo los chapos; que en la carretera rumbo a Puebla fuera encontrado el cadáver de una mujer llamada Georgina, el 78° feminicidio acaecido durante este gobierno en esa entidad hasta el mes de julio de 2016; que la nueva era geológica que vive la Tierra se llame Antropoceno; que Margaret Atwood escribiera en el periódico *The Globe and Mail*, a raíz de que se produjera el movimiento *MeToo*; que en tiempos de intolerancia, los extremistas ganan, su ideología se convierte en una religión y quien no se acople a ella es considerado un apóstata, un hereje, un traidor y quienes se encuentran en medio son aniquilados; que Mijail Gorbachov, quien empezara el movimiento conocido en Rusia como el Glasnost, diga que se está gestando una nueva guerra mundial; que en el París de la década del cincuenta, todavía existían las vespasianas, orinales públicos pintados de verde que dejaban asomar los pies de los varones; que a Cortés lo llamaran el Capitán Malinche; que en Colorado una gacela haya entrado en una dulcería, que el propietario decidiera ofrecerle chocolates y

bizcochos y que media hora después el animal regresara con toda su familia; que sea muy bello un proverbio otomí: toda agua, todo cielo, toda sangre llegan al lugar de su quietud; que Joe Arpaio, un fiscal racista estadounidense, fuese indultado a pesar de haber torturado a emigrantes de origen hispano; que Hamás declarara que el decreto del presidente de Estados Unidos, reconociendo a Jerusalén como la capital del Estado de Israel, abre las puertas del infierno; que Bernal dijera cuando se refería a la Malinche que era hermosa para ser mexicana; que haya nacido un bebé de un embrión congelado durante veinticuatro años; que una musulmana que protestaba en silencio fuera expulsada de un mitin del candidato republicano de Estados Unidos, mientras éste hacía su campaña; que se estén extinguiendo las abejas y renazcan los fascismos; que los campesinos mayas atribuyan la extinción de las abejas a los manejos de Monsanto; que las cuidadoras de un hospital del Seguro Social encerraran a un bebé en un armario porque lloraba mucho; que en Inglaterra el opio vendido en píldoras o en líquido se usará también para adormentar a los niños traviesos, y que Coleridge, Thomas De Quincey, Arthur Conan Doyle y el único hermano de las Brontë hayan sido opiómanos; que *La vida tranquila* de Marguerite Duras fuera traducida al español por Alejandra Pizarnik; que hayan multado

por 22.4 millones de pesos a cinco aerolíneas mexicanas por el cobro de la primera maleta en vuelos a Estados Unidos y Canadá y a pesar de todo lo sigan haciendo; que hace muchos años pensarán que se iba a morir Zsa Zsa Gabor y decidieran embalsamar su cuerpo y exhibirla; que hayan encontrado un método anticonceptivo que cancela la circulación de los espermatozoides; que haya urgencias básicas y urgencias urgentes; que varios policías de Honduras iniciaran, después de las elecciones de finales del 2017, una huelga de brazos caídos, aduciendo que eran pueblo y que por eso no mataban al pueblo; que la sexta extinción esté en marcha y amenace con llevarse por delante a algunos de los mamíferos más emblemáticos; que un nuevo año haya pasado como un fantasma; que cuando se escribe en un celular se vayan los dedos de manera insubordinada e independiente; que una planta recicladora para convertir unicef en resina fuera inaugurada en Toluca; que los hijos de Trump cobraran un millón de dólares por una recepción privada cuando éste aún estaba en campaña; que la frase de Kafka, “Me resulta imposible salir de mí mismo”, se parezca al verso que inicia el gran poema de Gorostiza, *Muerte sin fin*: Lleno de mí, sitiado en mi epidermis, y que Quevedo escribiera un verso parecido muchos años antes, pero no tan bueno; que la discriminación salarial sea

considerada una gran violencia de género; que los límites científicos y éticos serán puestos a prueba cuando se logre el primer trasplante de cerebro humano; que el fotógrafo que documentó el asesinato del embajador ruso en Turquía en diciembre de 2016 haya dicho simplemente: Una vida ha desaparecido frente a mí y que ese asesinato se haya convertido en una especie de performance de arte conceptual; que el ex gobernador de Zacatecas gastara un millón de pesos diarios para promover su imagen; que Denis Diderot asegurara en el siglo XVIII que: Es tan arriesgado creerlo todo como no creer en nada; que medios israelíes informaran que un superviviente del Holocausto, Yisrael Kristal, identificado por el Guinness World Records como el hombre más viejo del mundo, haya fallecido en agosto de 2017 a la edad de ciento trece años; que la Unión Europea y China estén dispuestas a abandonar el acuerdo de París contra el cambio climático; que en un casino de Manila fuera perpetrado un atentado terrorista por Isis; que Carl Jung haya dicho: La soledad es peligrosa, adictiva y una vez que se advierte cuanta paz hay en ella, no se quiere volver a lidiar con la gente; que el musgo es el regulador hídrico por excelencia; que Brecht decretara que hay que examinar lo habitual y no aceptar sin discutir las costumbres heredadas y que Perec haya inventado un género literario llamado

lo infraordinario; que en Iowa, unos vándalos destruyeran cincuenta panales y exterminaran a cerca de medio millón de abejas; que la gente se pregunte si es democrática una elección en la que el voto popular no cuenta; que se haya descubierto un misterioso río de hierro líquido en el centro de la Tierra; que el cerebro pueda anticiparse a lo que el ojo ve, afirman científicos; que haya una aldea en Japón donde los humanos que mueren son reemplazados por muñecos; que el Instituto de la Pirotecnia en el estado de México haya gastado el 70% de su partida de 2016 en servicios personales de los funcionarios y que luego se produjera un accidente donde murieron cerca de cincuenta personas, desaparecieron otras tantas, quedaran heridas más de cien y sin trabajo miles; que hayan fallecido en 2017 el escritor William Gass y la antropóloga Françoise Héritier; que sea urgente formular lineamientos de producción alimenticia nacional para evitar que México sea solamente un país consumidor de enlatados; que en Alepo, durante la guerra, las sirias se suicidaran para no ser violadas; que una mujer blanca haya increpado a una mujer de origen hispánico diciéndole: regresa al maldito lugar de donde viniste y que, como consecuencia, le hayan prohibido pisar la tienda de departamentos J.C. Penney, en una ciudad de Kentucky; que a una francesa le sorprendiera que en México

se vendieran cigarros en las farmacias; que los niños de origen latinoamericano le pidan al alcalde de Miami que no deporte a sus padres; que las redes sociales favorezcan los narcisismos y la publicación de obituarios; que se haya publicado por primera vez en español el epistolario completo de Theodor W. Adorno y Gershom Scholem; que Estados Unidos investigue la aplicación general de la vacuna contra el cáncer de pulmón desarrollada en Cuba; que México haya perdido en treinta años la tercera parte de sus selvas y la cuarta parte de sus bosques para dar espacio a las actividades agropecuarias y a la expansión de las zonas urbanas; que la Biblioteca Nacional de París estaba situada antes cerca del Palais Royal y la Comedia Francesa; que las espectaculares imágenes de Júpiter, conseguidas por la misión Juno, pongan en duda todo lo que se sabía del planeta más grande del sistema solar y once veces más ancho que la Tierra; que una mujer sometida a un trasplante de útero en Estados Unidos diera a luz al primer bebé con este procedimiento; que Kafka haya dicho alguna vez: Supongo que me encantan mis cicatrices porque se han quedado conmigo más tiempo que la mayoría de la gente; que la metáfora sea una figura retórica que consiste en identificar un término real con otro imaginario; que en México, como en la mayor parte del mundo, se desperdicien diariamente

toneladas de comida; que el oxímoron se contradiga; que a fin de cuentas Bob Dylan haya escrito su discurso para el Premio Nobel y recibido el cheque correspondiente y que se diga que plagió uno de los fragmentos de su texto; que más personas votaran por Hillary Clinton y aun así el presidente sea Donald Trump; que las comidas de ciertos diputados de Jalisco hayan costado 1.9 millones de pesos y otro millón de pesos sus viajes y viáticos y que no haya dinero para pagar los sueldos de los funcionarios de Bellas Artes o del Instituto Nacional de Antropología; que con ceniza y papel, jóvenes mexicanos construyan un material más resistente que el concreto; que sigan regresando los colibríes: buen signo y que las ardillas se coman las plantas: malo; que un hombre reciba un cheque de setenta y cinco dólares al ser liberado después de pasar por error treinta y cinco años en la cárcel; que Wisława Szymborska contara que un amigo le dijo, regresando de la Marcha de la Muerte, que no podía creer que en Auschwitz el pasto fuera tan verde y que el Sol brillara sobre el cielo azul; que la contaminación del aire sea uno de los mayores peligros de quienes habitan en grandes ciudades; que el huracán Ofe-
lia haya invertido el sentido de una cascada en Europa; que los drones se hayan convertido en un vehículo idóneo para transportar droga entre México y Estados Unidos; que al menos doce jabalíes sal-

vajes fueran vistos el 6 de diciembre de 2017 en la zona urbana de San Luis Potosí; que la degradación de los arrecifes en el Golfo y Caribe mexicanos haya aumentado a partir de la década del setenta del siglo pasado; que Rita Levi-Montalcini, neurocientífica italiana de más de noventa y cinco años, haya ganado el Premio Nobel por descubrir el factor de crecimiento nervioso; que aún los mejores escritores puedan sonar cursis si se los cita fuera de contexto; que las ciudades cercanas al mar como Nueva York, San Francisco y otras corren riesgo de verse inundadas por el mar debido al calentamiento global; que Borges haya escrito un verso poco afortunado que dice así: Cuántas noches maduras se desgajaron sobre nuestras frentes, hermano; que de la gran novelista estadounidense Edith Wharton, contemporánea y amiga de Henry James, se descubriera en un archivo texano un drama inédito escrito en 1901 y que Marguerite Duras hallara en un clóset de su casa de campo, muchos años después de haberlo escrito, el manuscrito de su libro *La Douleur*, y que una novela extraordinaria del polaco Jan Potocki se llame *Manuscrito encontrado en Zaragoza* y Benjamin Constant dijera que el manuscrito de su novela *Adolfo* había aparecido abandonado en un cuarto de hotel, y que se recuerde con tristeza esa época no muy lejana en que se escribían cartas, se iba al correo a depositarlas, después de comprar

los timbres correspondientes; que en Ávila un hombre muriera a consecuencia de haber sido atacado por abejas y que lo mismo le sucediera al personaje de la película de Theo Angelopoulos, *El apicultor*, cuyo protagonista fue Marcelo Mastroiani; que Bob Dylan dijera: Estamos aquí desamparados, aunque hagamos todo lo posible por negarlo; que no sepamos qué hacer si un celiaco, un vegano, un intolerante a la lactosa y un hipertenso se sentaran a nuestra mesa; que se piense en algo y de inmediato se olvide y no sea posible recordarlo; que un médico francés se haya sorprendido cuando descubrió que las piernas de un nonato se salían del vientre de su madre o que Franz Kafka haya dicho: Yo, sin embargo, no puedo usar drogas para engañar a mi soledad que es todo lo que tengo; que en el desierto de Atacama se haya inaugurado el observatorio astronómico más grande y exacto de la Tierra; que se confirme que hasta los grandes escritores escribieran algunas o muchas frases malas; que Apple acepte que alteró las baterías de sus teléfonos celulares para que la gente los sustituyera por aparatos nuevos y que indemnizará por ello a los consumidores; que los materiales compuestos por carburo de tantalio y carburo de hafnio puedan soportar temperaturas abrasadoras; que un video nos muestre la crueldad con que se matan a los cocodrilos para hacer bolsas Louis Vuitton; que según la revista

Science las ondas gravitacionales fueran el gran descubrimiento del 2016; que el carbón y el petróleo hayan dejado de ser más baratos que las fuentes de energía renovables y que la exportación del aguacate mexicano reporte más divisas que el petróleo y las remesas de los inmigrantes; que sea irremediable la mezquindad del hormigón frente a la magnificencia de los paisajes de los valles cercanos a Tepoztlán, Malinalco, Tlayacapan; que se subraye la belleza de un proverbio maya: Toda sangre, toda agua, toda Luna, todo Sol lleguen al lugar de su quietud; que las víctimas de homicidio doloso en México se hayan incrementado del 66.9% del 2014 al 2017; que no se sepa bien por qué Francisco Franco odiaba a los masones; que el regidor de Tijuana enfrente cargos en Estados Unidos por lavado de dinero donde permaneció detenido hasta comienzos de 2017; que la humanidad haya creado su propia infelicidad al inventar los compromisos sociales; que en Argentina, un preso por feminicidio haya matado a su pareja durante una visita íntima; que haya muerto en diciembre de 2016, a los noventa y seis años de edad, la alguna vez muy famosa y bella actriz francesa Michelle Morgan, el gran amor de Jean Gabin; que el desierto de Atacama sea uno de los lugares más hermosos de la Tierra; que la causa del hundimiento del Titanic no haya sido un iceberg, sino un

incendio en la parte inferior del trasatlántico; que Ricardo Piglia haya fallecido un 6 de enero de 2017 y haya dejado varios libros terminados antes de morir o que miles de huevos de plástico, de los llamados Kinder, hayan llegado a una playa del norte de Alemania, quizá como resultado de un naufragio y que en los Estados Unidos, donde se pueden vender libremente todo tipo de armas, éstos se hayan prohibido con el argumento de que son peligrosos para los niños; que sus maestros dijeran de Alan Turing, el inventor de una de las primeras computadoras, que no fue un alumno brillante; que la temperatura mundial siga batiendo récords o que 2016 haya sido considerado el año más caliente de la Tierra y que 2017 haya podido sobrepasarlo...

Y por mirarlo todo, nada veía. México: UNAM, Coordinación de Difusión Cultural, Dirección de Literatura / Sexto Piso, 2018, pp. 29-40.

Me acuerdo

Me acuerdo de que un terremoto y su réplica, en 1997, devastaron la Umbría y los Marche en Italia. Yo estaba visitando la basílica de San Francisco en Asís.

Me acuerdo de cuando regresé desde Asís a Civitella Ranieri, todos me miraron como si hubiese resucitado.

Me acuerdo que me puse a indagar acerca de los sismos en Italia, me detuve en uno acaecido en el

año de 1450 A.C., año en que una aldea etrusca fue tragada y el lago Cimino se agrandó.

Me acuerdo que hablo de los temblores en Italia como si México no fuese una zona sísmica.

Me acuerdo del volcán Popocatépetl, desde San Nicolás de los Ranchos, blanco de nieve y con fumarola blanca.

Me acuerdo que cuando se cayó el Ángel durante el temblor de 1957 yo estaba terminando mi tesis de doctorado en París.

Me acuerdo del Vesubio, del Etna, del Popocátépetl y del Paricutín.

Me acuerdo cuando visité Pompeya. Era yo muy joven.

Me acuerdo de un guía en Pompeya; antes de abrir una pequeña reja, me previno: esta es una pintura obscena. Representaba a un hombre con una descomunal erección.

Me acuerdo que por negligencia muchos objetos y edificios valiosos de Pompeya se están deteriorando.

Me acuerdo de un fresco etrusco: dos hombres copulando.

Me acuerdo que hace mucho tiempo estudié italiano en Perugia, allí me refugié después de una decepción amorosa.

Me acuerdo que cuando estudié italiano en la Universidad para Extranjeros de Perugia conocí a Salvador Elizondo y las pizzas (gigantescas) costaban sólo cien liras.

Me acuerdo que una vez probé unas pizzas que se llaman fainá en Buenos Aires, cerca del mercado de San Telmo.

Me acuerdo que hace varias décadas era casi imposible que instalaran un teléfono particular en la Argentina.

Me acuerdo que en Mar del Plata conocí a Astor Piazzola.

Me acuerdo que cursé el tercer año de la escuela primaria en una escuela llamada República Argentina, todas las mañanas entonaba el himno nacional mexicano y el de ese país austral.

Me acuerdo que desde niña me sabía de memoria el himno argentino. Oíd mortales, el canto sagrado: Libertad, libertad, libertad...

Me acuerdo que de niña no entendía bien las palabras del himno mexicano: Mexicanosalgritodeguerra.

Me acuerdo una vez que en Buenos Aires, paseando por el Bajo con el poeta Enrique Molina y otros amigos, entré al Viejo almacén, donde cantaba Edmundo Rivero: tenía las manos muy grandes.

Me acuerdo que mi futuro marido y yo pudimos entrar a su cabaret a pesar de que estaba repleto y Rivero cantó especialmente para nosotros ese hermoso tango que comienza así: Sur, paredón y después...

Me acuerdo que decían que Rivero era el feo que canta lindo.

Me acuerdo de mis amigos argentinos, se dividían

en dos bandos: quienes preferían a Rivero y quienes seguían al Polaco Goyeneche.

Me acuerdo que a mí me gustan ambos, además, Tita Merello, Azucena Maizani, Hugo del Carril y Ángel Vargas...

Me acuerdo de la gomina que se ponía en el pelo Carlitos Gardel.

Me acuerdo que una amiga me encargó llevarle a un pariente suyo tres frascos de gomina, allá por los años cincuenta del otro siglo.

Me acuerdo que de adolescente me gustaba oír tangos y leer a Julio Verne.

Me acuerdo que oía la hora del tango en un hermoso radio art decó.

Me acuerdo de un viejo tocadiscos donde oía discos de setenta y ocho revoluciones.

Me acuerdo de que en 1969 estuve en Buenos Aires, un fotógrafo callejero me tomó una foto: había ido desde Polonia a la Argentina para hacer la América.

Me acuerdo que tengo el corazón hecho pedazos, dice el tango. Mi corazón deshecho entre tus manos, dice sor Juana.

Me acuerdo que una vez comí los blintzes y los gnocchi más extraordinarios de la tierra en un bolichito del Once en Buenos Aires, en la década de los sesenta.

Me acuerdo que viajar es importante.

Me acuerdo que mi madre murió cuando tenía 95 años. Yo cumplí 84.

Me acuerdo que me voy preparando para la muerte sin verdaderamente creerlo.

Me acuerdo que el narcisismo a estas alturas de mi vida es un antídoto engañoso contra la muerte.

Me acuerdo de mis largos días sombríos en Inglaterra cuando era invierno.

Me acuerdo de que soy adicta al yogurt.

Me acuerdo que cuando viajo, no llevo cámara y no tengo un recuerdo gráfico y literal de lo que he visto.

Me acuerdo que una vez viajé en un avión con cien argentinos, veinte mexicanos y doce perros.

Me acuerdo que como los chimpancés y los elefantes, pertenezco a una clase en extinción: la media.

Me acuerdo que leí que los elefantes además de tener muy buena memoria reconocen las diferencias entre los distintos idiomas humanos.

Me acuerdo que también están en peligro las aves rapaces.

Me acuerdo de una escultura erótica en Kurajaho: un hombre copulaba con un elefante.

Me acuerdo que ahora en Argentina el amor y el odio se escriben con **κ**.

Me acuerdo que mi padre leía poesía. Eran otros tiempos, muy antiguos, muy distintos. Yo leía a Verne, oía tangos y repetía: En el hondo bajo fondo donde el barro se subleva.

Me acuerdo que oía tangos y comía chocolates rellenos de licor y de cerezas.

Me acuerdo que el anterior es un recuerdo estereotipado.

Me acuerdo que me gustó caminar por las calles viejas de Montevideo: edificios bellísimos y decadentes, poca gente, pescadores en las Ramblas.

Me acuerdo que Montevideo es una ciudad detenida en los años cuarenta del siglo pasado.

Me acuerdo de Montevideo, una ciudad linda, los anuncios de la Coca-Cola de los años treinta, los edificios decó...

Me acuerdo de un retrato que en 1955 me hizo Horacio Torres García, gran pintor uruguayo e hijo del pintor constructivista Joaquín Torres García.

Me acuerdo que Joaquín Torres García tuvo varios hijos de nombres clásicos: Olimpia, Augusto, Horacio...

Me acuerdo que Joaquín Torres García definía su pintura como una superficie organizada en sección áurea, en la que todas las partes se relacionan entre sí con el todo. Decía además: en mi pintura se rechaza la perspectiva y el uso de la bidimensionalidad, para evocar las formas del arte primitivo y egipcio.

Me acuerdo que leí esas declaraciones de Torres García en su museo de Montevideo.

Me acuerdo que Conrad sobreescribía dijo Henry James.

Me acuerdo que es curioso: Conrad repudió a uno de sus amigos por ser homosexual y le pareció natural que su hijo se acostara con quien había sido

su amante.

Me acuerdo de Conrad anunciándole triunfante a su esposa Jessie: Lena murió a las 7:05 de esta noche. Hablaba de uno de los personajes de su novela *Victory*.

Me acuerdo que axolote se escribe ajolote, me gustaba más axólotl.

Me acuerdo que visité a Armonía Somers, la novelista uruguaya, en su departamento del edificio Salvo en Montevideo.

Me acuerdo del edificio Salvo, uno de los edificios emblemáticos de Montevideo, lo vi por primera vez en 1981 y de nuevo este febrero de 2014.

Me acuerdo que el marido de Armonía Somers era un policía muy elegante, nos recibió vestido con una bata de seda, siguiendo la moda inglesa de los años treinta y nos sirvió un jerez.

Me acuerdo cómo me criticaron mis amigos uruguayos cuando visité con Armonía —y su esposo el policía— el mausoleo del general Artigas.

Me acuerdo que hace poco vi una mariposa amarilla, pero ningún colibrí.

Me acuerdo que se extinguen los elefantes pero no las cucarachas.

Me acuerdo que no sé qué vale más la pena: saber para que no pase nada o no saber para que no pase nada.

Me acuerdo a veces de ese cuento de los diez negritos, desaparecen uno a uno, paulatinamente,

hasta no quedar ninguno, y claro, me acuerdo luego de una novela policiaca de Agatha Christie...

Me acuerdo que el comentario anterior podría parecer racista, es simplemente una verificación.

Me acuerdo que he visto cómo se han ido muriendo casi todos los miembros de mi generación, cada vez que alguien muere compruebo que soy una sobreviviente.

Me acuerdo que cuando viajo tomo apuntes: mi caligrafía es tan mala que cuando trato de leerlos necesito un paleógrafo a mi lado, y si lo tuviera no acertaría a dar pie con bola o mano con letra.

Me acuerdo que han muerto recientemente el escritor Federico Campbell y el antropólogo Pancho Lartigue.

Me acuerdo de esa zona fronteriza que es el desierto de Atacama, lugar de narcotráfico, artesanías y rencores.

Me acuerdo con rabia de los guías que me han tocado en suerte en mis constantes desplazamientos.

Me acuerdo que los guías pertenecen a esa raza peculiar que encuentra su máxima felicidad en pastorear humanos convertidos en ovejas por obra y gracia de las agencias de viaje.

Me acuerdo de los múltiples guías que mi destino de viajera solitaria me ha obligado a frecuentar, por ejemplo un chofer llamado Agustín que me recogió en el aeropuerto de Calama para ir a San Pedro de Atacama.

Me acuerdo que Agustín me aturdió durante todo



el recorrido hablándome en voz muy alta —tal vez pensó que era yo sorda—. Se dirigió a mí llamándome abuelita, cosa que jamás le perdonaré.

Me acuerdo de un guía que me tocó en el desierto de Atacama; se llamaba Danilo.

Me acuerdo que no pude evitar asociarlo de inmediato con el Tanilo de Rulfo, aunque el guía en cuestión no sea un peregrino triste y enfermo que viaja a Talpa para encomendarse a la Virgen, sino un hombre alto, guapo, con cola de caballo, allendista, historiador, arqueólogo, mitómano, orador y, en fin, el guía más experimentado de la zona a quien todos admiran: los otros guías, sus jefes y, claro, nosotros los turistas.



Me acuerdo que me gusta hacer asociaciones auditivas, creo que les llaman cinestésicas.



Me acuerdo de nuevo de los guías que me tocaron en la India, con el agravante de que pretenden pertenecer al linaje de los guerreros, casta ya obsoleta y sin embargo vigente por ese sistema que sigue rigiendo allí.

Me acuerdo que los guías indios suelen tratar a los turistas como si fuesen soldados de infantería, es decir, humanos perfectamente desechables.

Me acuerdo que en la India las vacas son sagradas, aunque han dejado de ser rumiantes campiranas para convertirse en rumiantes ciudadinas, deambulan por todas partes, son de verdad city people.

Me acuerdo que como cualquier indio de la clase baja, las vacas viven a la intemperie y en la ignominia.

Me acuerdo que no puedo imaginarme cómo sería si todos los volcanes que rodeaban el desierto de Atacama hicieran erupción al mismo tiempo.

Me acuerdo de las vacas indias, son escuálidas, su piel es cenicienta y desgarrada y, como los parias, se alimentan de desechos.

Me acuerdo de que viajar en avión es estar un poco en el aire.

Me acuerdo de cuando visité el desierto de Atacama cuya legendaria belleza se caracteriza por ser uno de los lugares más áridos del mundo.

Me acuerdo que el desierto de Atacama está circundado por cuatro cordilleras, los Andes, Domeyco, la Sal, la Costanera.

Me acuerdo que en el desierto de Atacama hay dunas, ríos delgaditos, geysers situados a 4700 metros de altura, volcanes en actividad y también varios en extinción.

Me acuerdo de que volví a ver a un colibrí volando frente a mi ventana.

Me acuerdo que visité en un sitio arqueológico casi ilusorio, cercano a San Pedro de Atacama, llamado Túlor: algunas piedrecitas sobre la arena marcan el contorno de posibles edificios (¿cultura Tihuanaco?).

Me acuerdo de Raúl Zurita, escribió un poema emblemático sobre el desierto de Atacama.

Me acuerdo que no sé si en el desierto de Atacama hay colibríes.

Me acuerdo que estoy triste, hace tiempo que no vienen a visitarme mis colibríes.

Me acuerdo que cerca de San Pedro visité una fortaleza excavada en las rocas. Las teorías de su origen son tan peregrinas como las de la arqueología en general.

Me acuerdo que Borges decía que la metafísica era una rama de la literatura fantástica. Si cambio la palabra metafísica por la de arqueología, coincidiría con él.

Me acuerdo que leí que *Escritura Material* fue una exposición que hace tangible la confluencia entre el poema y la visualidad en la obra de Raúl Zurita, el punto donde cruza la escritura, la voz y la imagen, precisamente en el desierto de Atacama.

Me acuerdo que en abril de 1990 vi *Érase una vez en América* de Sergio Loene, cuando Robert de Niro era todavía un gran actor.

Me acuerdo que el pueblecito de San Pedro de Atacama es blanco con callecitas rectas y casas de adobe.

Me acuerdo que cerca de San Pedro hay varios valles, el de la Luna y el de la Muerte con arena y sal parecida al arsénico.

Me acuerdo de un día triste en Santiago de Chile, se veía la cordillera nevada.

Me acuerdo que siempre he querido recorrer el camino de Santiago.

Me acuerdo de un maravilloso espectáculo cuando visité el desierto de Atacama.

Me acuerdo que Atacama me recordó otro de mis viajes, sobre todo la enorme montaña conocida como Ayers Rock en Australia.

Me acuerdo siempre de los volcanes y de los terremotos.

Me acuerdo que fui a los geysers en Atacama, situados a una altura mayor que la de La Paz o la del Cuzco.

Me acuerdo que salimos a las cuatro de la mañana, hacía 17 grados bajo cero y los chorros de agua se levantaban como humaredas a una temperatura de 80 o 90 grados sobre cero.

Me acuerdo que estábamos a una altura cercana a los 3,800 metros.

Me acuerdo de una piscina de aguas termales cuya temperatura es de 30 grados sobre cero y donde los turistas se bañan, a pesar del frío circundante.

Me acuerdo que regresé a San Pedro tan viva como un zorro de desierto y eso a mi tercera edad.

Me acuerdo que dicen que Borges anduvo en bicicleta.

Me acuerdo que nunca aprendí a andar en bicicleta, tampoco mis padres sabían hacerlo.

Me acuerdo del volcán más bello y emblemático del desierto de Atacama, se nombra Licán Cabur, de un lado pertenece a Bolivia y del otro a Chile, como el Aconcagua, situado a medias entre Argentina y Chile.

Me acuerdo mucho de Joseph Conrad, estuvo veinte años en la marina mercante y nunca aprendió a nadar.

Me acuerdo que cuando era niña el Popo y el Ixta estaban siempre blancos.

Me acuerdo que durante las navidades de 2013 nuestros volcanes estaban totalmente nevados. Hace mucho tiempo que no los veíamos así.

Me acuerdo de unas lagunas volcánicas en el desierto de Atacama, en la más grande hay flamencos de tres tipos que allí anidan y en la más pequeña taguas cornudas, aves en proceso de extinción.

Me acuerdo que los huracanes Ingrid y Daniel dejaron al menos cuarenta muertos e inundaciones en México.

En el pueblo de Taconoa en Atacama vi dos llamas, una grande y preñada, Macarena —tarda un año la gestación y paren una sola cría—, la otra era más joven, Luna, con ojos brillantes, inmensos.

Me acuerdo que las llamas son animales domésticos que deambulan por el pueblo de seiscientos habitantes, como las gallinas por los pueblos mexicanos.

Me acuerdo de ese viaje en que vi pasar un zorro que parecía perro, corriendo por el desierto, estaba hambriento y creo que lo único que tenía de zorro era su hermosa cola, parecida a las pieles que con ese nombre usaban las mujeres en los años treinta.

Me acuerdo de un oasis en medio de un paisaje de dunas con membrillos, algarrobos, higueras plateadas,

perales, maíz, cactáceas, y, en medio de la nada sólo un río pequeñito llamado Loa que alimenta a las plantas, su agua proviene del deshielo de las montañas.

Me acuerdo cuando en Perú bebía muchos piscos sauers.

Me acuerdo que bebo piscos sauers como si fueran limonadas y me emborracho.

Me acuerdo de que tengo la impresión de que en Lima llovizna todo el tiempo.

Me acuerdo que cuando me rompí el hombro derecho hace varios años, me prestaron muchos videos que aún no he visto.

Me acuerdo que soy una adolescente envejecida.

Me acuerdo que quizá no llegue a cumplir cien años.

Me acuerdo de que en Chile y en Perú hay pisco y que ambas naciones pretenden que esa bebida es originaria de su propio país

En Perú hay un pueblo que se llama Pisco.

Me acuerdo de un corte de pelo maravilloso que me hicieron en París, rejuvenecí diez años.

Me acuerdo que lo he contado mucho, pero no importa: de adolescente, el pelo me crecía a lo ancho y no a lo largo.

Me acuerdo que durante mucho tiempo usé productos para alaciarme los cabellos.

Me acuerdo que de niña me decían Blakamán, por un luchador al que le crecía el pelo igual que a mí, a lo ancho.

Me acuerdo que de niña me daba envidia cuando a otras niñas les regalaban álbumes con muñequitas de papel que podían vestirse y desvestirse.

Me acuerdo que comí crema de zapallo y tomé un jugo de chirimoya en Santiago de Chile.

Me acuerdo que leí del descarrilamiento del tren rápido, cerca de Santiago de Compostela.

Me acuerdo que por Avenida Coyoacán circulaban los tranvías, eran amarillos y lentos.

Me acuerdo que unos amigos míos acaban de recorrer el camino de Santiago y cuando me lo escribieron quise imitarlos.

Me acuerdo que llegué a Santiago de Chile el día de las elecciones primarias de 2013 y que Michèle Bachelet derrotó a todos sus contrincantes.

Me acuerdo de que en un avión leí las cartas de Bruce Chatwin.

Me acuerdo que había licenciados que cuando no conseguían trabajos de su oficio, se metían a conducir tranvías.

Me acuerdo que en los camiones había cobradores, los boletos se llamaban planillas y se vendían a tres por veinticinco.

Me acuerdo del Santa María Insurgentes, un autobús pintado de café con una franja anaranjada donde podía leerse el itinerario.

Me acuerdo que para ir a la Facultad de Filosofía y Letras tomaba desde la Condesa el Santa María

Insurgentes, allá a finales de los años cuarenta.

Me acuerdo que la Facultad de Filosofía y Letras estuvo alguna vez en el bello edificio churrigueresco de Mascarones.

Me acuerdo que cursé la preparatoria en San Ildefonso cuando sólo había una preparatoria, la Número 1.

Me acuerdo que paseábamos cerca de los frescos de José Clemente Orozco y que alguno de mis compañeros inscribía sobre ellos su nombre con una navaja.

Me acuerdo que por las mañanas entraba a la recámara de mis padres mientras dormían, tomaba dinero de los bolsillos del chaleco de papá y luego invitaba a mis amigos a tomar helados en una heladería llamada Holanda.

Me acuerdo que los Helados Holanda estaban en la calle de Argentina, junto a un café griego llamado el Partenón.

Me acuerdo que cuando estudié en la preparatoria tomé clases con un profesor llamado Erasmo Castellanos Quinto.

Me acuerdo que le decíamos don Erasmo, hablaba de *La Ilíada* y usaba sacos negros con enormes hombreras porque hubiera querido parecerse a Áyax.

Me acuerdo que don Alfonso Reyes aprendió griego para traducir *La Ilíada*.

Me acuerdo que don Erasmo Castellanos Quinto me llamaba Ifigenia.



Me acuerdo cuando don Erasmo organizaba concursos de poesía, muchos alumnos recitaban canciones de Agustín Lara pretendiendo que eran suyas y él se los creía.

Me acuerdo con cariño de la enorme y blanca barba de don Erasmo Castellanos Quinto.

Me acuerdo que cuando me dicen doña Margo, siento que he alcanzado la edad de don Erasmo, personaje antediluviano.

Me acuerdo que cuando regresé de París en 1958, empecé a dar clases de Estética en la preparatoria 4, entonces alojada en lo que hoy es el museo de San Carlos.

Me acuerdo que como no sabía filosofía daba cursos de Historia del Arte.



Me acuerdo que para ilustrar mis clases usaba las fotos que mi marido había tomado cuando viajábamos por Europa.

Me acuerdo que el bello edificio neoclásico construido por Tolsá fue sede de la Lotería Nacional, luego de la Preparatoria Número 4, y, finalmente, del Museo de San Carlos.

Me acuerdo que Tolsá también construyó el Palacio de Minería, hoy sede de la Feria del Libro Universitario.

Me acuerdo que la estatua ecuestre de Carlos IV es obra del mismo Tolsá y que al intentar restaurarla le ocasionaron daños irreparables.

Me acuerdo que durante un tiempo hablé del arte

egipcio en la preparatoria 4 y utilizaba como ejemplo las fotos en las que yo aparecía junto a las ruinas de Luxor y la pirámide de Gizéh.

Me acuerdo que cuando estuve en Egipto me subí a un camello.

Me acuerdo de los discursos interminables de Fidel Castro.

Me acuerdo también de los discursos interminables de Vicente Lombardo Toledano.

Me acuerdo que íbamos a un cine club organizado por la embajada soviética.

Me acuerdo que en ese cine club vimos todas las películas de Eisenstein.

Me acuerdo que cuando estudié italiano en la universidad de Perugia había todavía muchos comunistas en Italia.

Me acuerdo que mi papá se hizo amigo de Eisenstein cuando vino a filmar *¡Que viva México!*

Me acuerdo que era muy difícil ver las películas en el Instituto Mexicano-Ruso porque los asientos eran improvisados.

Me acuerdo de Bahía de Cochinos, dice Georges Perec. Yo también: estuve allí.

Me acuerdo que cuando bombardearon La Habana en 1961 yo platicaba sobre Claudel con Juan José Arreola en la Casa de las Américas.

Me acuerdo que para protegernos de los bombardeos nos metimos debajo de un escritorio y seguimos

platicando sobre *El alma romántica* y *El sueño de Albert Béguin*.

Me acuerdo que me olvidé que Camus se llamaba Albert.

Me acuerdo que André Gide ganó el premio Nobel en 1947, que Camus lo recibió en 1957, cuando yo estaba en Francia, y que Sartre lo rechazó en 1963.

Me acuerdo que se retardó tanto mi regreso de La Habana a México que perdí mi trabajo en la Preparatoria 4.

Me acuerdo que recuperé mis clases y enseñé en la Preparatoria 1 en San Ildefonso y en la Preparatoria 5, situada en Coapa.

Me acuerdo que cuando enseñé en Coapa no había casas ni edificios, sólo prados inmensos donde pastaban vacas.

Me acuerdo que me dio una gran emoción enseñar en San Ildefonso, donde había pasado dos de los más hermosos años de mi vida.

Me acuerdo que en la Preparatoria 1 a los baños de mujeres les llamaban la Isla de los Monos.

Me acuerdo de que en los aviones leo a menudo novelas policíacas, por ejemplo, los libros del comisario Maigret de Georges Simenon.

Me acuerdo que Maigret es alto, macizo y fumador compulsivo.

Me acuerdo que leer a Simenon es enfermedad incurable y placentera, me faltan de leer como 256 novelas solamente.

Me acuerdo que no tolero los finales infelices, pero me gusta que haya muchos asesinatos en las novelas policiacas.

Me acuerdo que Simenon empieza a ponerse sentimental en sus últimos libros. A lo mejor por eso decidió dejar de escribir.

Me acuerdo de Simenon, podía escribir a veces hasta cuatro novelas en un solo año.

Me acuerdo que las novelas sobre Maigret las podía terminar Simenon en sólo dos meses.

Me acuerdo que suelo releer a Dostoiewski, sobre todo *El idiota*.

Me acuerdo de cuando voy a la playa, me quedo en una hamaca leyendo y viendo el mar.

Me acuerdo que el Papa Juan Pablo II canonizó a varios cristeros, como Toribio Romo González, ahora llamado el protector de los inmigrantes.

Me acuerdo que los narcos tienen también su santo: Malverde y, claro, la Santa Muerte.

Me acuerdo que ya apresaron al Chapo Guzmán.

Me acuerdo de un perico frente a la ventana de mi casa, repetía sin cesar las órdenes que yo emitía todas las mañanas.

Me acuerdo que en esa época sólo tenía una hija, se llamaba y se sigue llamando Alina, pero entonces sólo tenía seis años.

Me acuerdo que Juan Pablo II estuvo a punto de canonizar al padre Marcial Maciel, pederasta confeso

y fundador de los Legionarios de Cristo.

Me acuerdo que un comité de la ONU declaró que el Vaticano sigue encubriendo a los sacerdotes pederastas.

Me acuerdo de un comunicado del Vaticano el 6 de febrero de 2014 deplorando el informe de un comité de la ONU sobre los abusos sexuales cometidos por sacerdotes.

Me acuerdo que la supervivencia de los orangutanes pende de un hilo muy fino: los científicos piensan que podrían desaparecer en cualquier momento.

Me acuerdo que no sé nadar.

Me acuerdo de que el novelista indio Naier Masud no recuerda nada que hubiese olvidado sino que olvida aquello que había recordado.

Me acuerdo de que nunca me canso de oír a Billie Holliday. Me da el blues cuando oigo Gloomy Sunday.

Me acuerdo cuando oía a Nina Simone y luego a Billie Holliday.

Me acuerdo de que en México florece la amapola.

Me acuerdo de que con las nuevas tecnologías, estoy como en la novela de Gorki: el hijo se vuelve más sabio que la madre y se vuelve la madre de su madre.

Me acuerdo que hay muchas madres sin padres.

Me acuerdo que paso los diez de mayo con mis hijas.

Me acuerdo de que uno, o más bien una, amanece diario, si es que amanece.

Me acuerdo a cada momento de un refrán: candil

de la calle, oscuridad en la casa.

Me acuerdo también de este otro: No está la magdalena para tafetanes.

Me acuerdo además de que, pensándolo bien, las almas son incoloras.

Me acuerdo de que me olvidé de ver el eclipse de luna.

Me acuerdo de que Nabokov consideraba que *Lolita* fue mal leída y entendida: tenía razón.

Me acuerdo, dice más o menos Nabokov, que Verlaine componía rimas incestuosas.

Me acuerdo al leer las *Memorias* de Thomas de Quincey que la inmortalidad es inmortal.

Me acuerdo de David Markson, decía que Galileo murió ciego. ¿También Homero?

Me acuerdo de haber escrito alguna vez con lápiz.

Me acuerdo cuando no había Cineteca.

Me acuerdo del testamento de Calderón de la Barca, junto a unas camas se consignaban unos tenedores de plata de las Indias.

Me acuerdo que muchos críticos y actores se extrañan que Shakespeare no mencionase ningún libro en su testamento.

Me acuerdo que en varios testamentos de escritores del siglo XVI tampoco se menciona ningún libro.

Me acuerdo que Luis Mario Schneider quería hacer una antología con los testamentos de figuras célebres.

Me acuerdo de Markson: dijo que Brecht asegu-

raba que Kafka escribía como ilegalmente, como si le tuviera temor a la policía.

Me acuerdo de Lydia Davis: me gusta.

Me acuerdo que pasan los días y cómo después de acordado da dolor.

Me acuerdo de un romance: Yo mezquina que por amores me perdí.

Me acuerdo de nuevo de David Markson, decía que el autor de *Historia de la Melancolía*, Robert Burton, pensaba que todos los poetas están locos.

Me acuerdo de cuando estoy un poco fúnebre, escucho simplemente una cantata de Bach.

Me vuelvo a acordar que no sé andar a bicicleta y que por eso mis hijas tuvieron que aprender ese deporte como pudieron o como no pudieron.

Me acuerdo que arreglo cosas y desarreglo otras, el cuento de nunca acabar.

Me acuerdo que he entendido el significado de un refrán: dormir a pierna suelta.

Me acuerdo de un bello día con colibríes, ardillas, rosas, lantanas, tulipanes y belenes.

Me acuerdo de que soy consumista, me gusta comprar vestidos, zapatos, collares, aretes, pulseras, ropa interior (no muy lujosa, dato freudiano), libros, cuadros, chucherías, fruta, sombreros que nunca me pondré y que, de repente, me recuerdan a Greta Garbo a quien hubiera querido parecerme, ese sí un lujo mayor.

Me acuerdo que alguna vez usé sombreros, en Inglaterra, me los compraba en Haymarket Street o en las boutiques de segunda mano en Knightsbridge o en Hampstead Heath; sombreros de fieltro de ala mediana de colores estridentes, cuyo costo era muy bajo: los usé para asistir a las carreras de caballos en Astor.

Me acuerdo que ya es de nuevo martes, mañana será miércoles y luego jueves, viernes, sábado y paro de contar.

Me acuerdo de la reina Isabel de Inglaterra cuando era joven, delgada y usaba abrigos acinturados, estilo princesa.

Me acuerdo que en su Diario Colón dice que el 12 de octubre de 1492 aparecieron los primeros hombres americanos: Tienen los cabellos gruesos y largos. Su color no es ni blanco ni negro, sino del color de los canarios; son proporcionados, de estatura mediana, y se pintan de blanco, de negro, y de colorado las caras, el cuerpo, la nariz o los ojos.

Me acuerdo que en tiempos de Colón los canarios no cantaban.

Me acuerdo de Cristóbal Colón, aseguraba que en las Indias los perros no ladraban.

Me acuerdo de que en tiempos de la Conquista rescatar significaba comerciar.

Me acuerdo de un crematorio en Calcuta.

Me acuerdo que vimos llegar a un muerto colocado sobre unas parihuelas, lo llevaban cuatro indios que

iban trotando.

Me acuerdo que era un hombre muy viejo y muy delgado, aún conservaba puestos sus anteojos, la boca apretada por un lienzo y en los orificios nasales unos algodones blancos.

Me acuerdo que en la India, a la entrada de los crematorios, los barberos esperan en fila para rasurar completamente los cráneos de los deudos.

Me acuerdo que pensaba que después de visitar los crematorios en Benarés, iba a perder el apetito; pero de regreso al hotel, desayuné como desafortada.

Me acuerdo que en Delhi había especialistas en sacar la cerilla de los oídos de los transeúntes.

Me acuerdo que en ocasiones, cuando hablo de la India, parece que estoy hablando de México.

Me acuerdo de una de las ocupaciones de los santones jipis de Benarés: fumar marihuana.

Me acuerdo del olor a carne quemada que aprendí a distinguir en Benarés.

Me acuerdo o imagino que ese olor a cadáveres incinerados del campo de concentración debe haber llegado hasta el pueblo de Birkenau, donde residían y paseaban a sus perros los oficiales nazis.

Me acuerdo hoy del pueblo de Birkenau en la Polonia actual, es muy próspero.

Me acuerdo que cuando viví en París, el boulevard Saint Michel estaba adoquinado.

Me acuerdo que durante algunos meses me alojé

en un hotel pequeñito del Barrio Latino situado en la calle de Monsieur le Prince, en el año memorable de 1953, cuyo invierno fue muy crudo.

Me acuerdo que, cuando vivía en París, me gustaba tomar el metro desde la Ciudad Universitaria, cambiar en Denfert Rochereau, bajarme en el Luxemburgo, abordar luego el autobús 21 y bajarme en el Palais Royal.

Me acuerdo que me gustaba caminar por la rue Richelieu, rumbo a la Biblioteca Nacional, a cuya puerta hacía cola detrás de algunos príncipes rusos, hecho extraordinario cuya excelsa significación solía recalcar me el portero que vigilaba la democrática distribución de los lugares.

Me acuerdo que en la rue Richelieu me detenía frente la vidriera de un almacén donde vendían muchas variedades de quesos.

Me acuerdo que pregunté cuántas variantes de queso tenían y me contestaron que trescientos cincuenta.

Me acuerdo del queso que más me gustaba, el Thomme de Savoie, recubierto de ceniza negra y semillitas de uva.

Me acuerdo que me deprimó los domingos.

Me acuerdo de los años cincuenta del siglo pasado en Francia, estaba en pleno apogeo el existencialismo, las mujeres y los hombres se vestían de negro, eran pálidos, delgados, oían a Juliette Gréco y a Jacques Douai.

Me acuerdo de las calles de París cuando circulaban esos cochecitos llamados *quatre chevaux*. Parecían latas de

sardinas, la vida era muy barata y los libros también.

Me acuerdo que en el Barrio Latino vivía gente común y corriente y también intelectuales.

Me acuerdo de varias magníficas librerías, algunas se han desplazado a barrios menos a la moda

Me acuerdo del boulevard Saint Germain, alberga hoy boutiques de alta costura y la famosa librería llamada Le Divan ha sido substituida por una boutique Christian Dior.

Me acuerdo que hace unos días otra librería desapareció en París.

Me acuerdo cuando las editoriales no eran propiedad de holdings gigantescos y las Presses Universitaires de Francia estaban en todo su apogeo.

Me acuerdo de una librería de Presses Universitaires en el boulevard Saint Michel donde compraba libros y la *Quinzaine littéraire*.

Me acuerdo que hace como cuatro años fui a buscar libros y revistas a esa librería: había sido sustituida por una boutique Lévi-Strauss.

Me acuerdo que hubo por lo menos dos personajes apellidados Lévi-Strauss, uno fabricaba pantalones y el otro fue un gran antropólogo.

Me acuerdo que había muchos cines en el Barrio Latino, por ejemplo el Champollion, que sigue exhibiendo eternamente sus clásicas películas.

Me acuerdo cuando caminaba hasta la iglesia de Saint Germain, cerca de Deux Magots y el Café de Flore,

lugares casi de peregrinación porque muchas veces solían aparecer por allí Jean-Paul Sartre y Simone de Beauvoir, tocada eternamente de un turbante.

Me acuerdo que en Deux Magots hay una placa que señala el lugar donde se sentaban Jean-Paul Sartre y Simone de Beauvoir.

Me acuerdo que Claude Lanzmann tuvo un largo romance con Simone de Beauvoir.

Me acuerdo de la enorme sensación que produjo en Francia y en el mundo entero *El segundo Sexo*, el famoso libro de Simone de Beauvoir.

Me acuerdo de una frase que escribió Simone de Beauvoir en 1980: No olvidar jamás que bastará una crisis política, económica o religiosa para poner en cuestión los derechos de las mujeres.

Me acuerdo de la Shoa.

Me acuerdo de que visitó mi jardín e hizo su nido un pájaro cuyo pico era verde seco y sus plumas rojo escarlata.

Me acuerdo de la Bella Durmiente, quien cuando despertó seguramente no recordó lo que había soñado durante todos esos años.

Me acuerdo de que aunque parezca mentira no sé muy bien si el paleolítico va antes del neolítico.

Me acuerdo que para hacer un libro de este tipo hay que utilizar figuras retóricas de nombres rimbombantes: paronomasia, anáfora, oxímoron, polisíndeton, hipérbaton, lítote, hipérbole, anacoluto, catacrexis...

Me acuerdo de Georges Perec, se analizó con Françoise Dolto.

Me acuerdo de Françoise Dolto, psicoanalista ligada a Lacan, famosa por sus teorías sobre la infancia.

Me acuerdo que ahora acusan a Françoise Dolto de colaboracionista y de haber arruinado, como el Doctor Spock en los Estados Unidos, a varias generaciones de niños.

Me acuerdo que en su libro de memorias *La liebre patagónica*, Claude Lanzmann recuerda algunas entrevistas que no utilizó para Shoa, su extraordinario documental.

Me acuerdo que Lanzmann contaba que durante la guerra algunos polacos habían subsistido a costa del dinero y las joyas que encontraron cosidos a los vestidos o integrados a los tacones de los zapatos de los judíos que los nazis habían asesinado cerca de Treblinka.

Me acuerdo que estando en París, un día en que coqueteaba con un diplomático colombiano, se me cayó la prótesis de uno de mis dientes delanteros.

Me acuerdo que Lanzmann filmó también un documental llamado *Sobibor*, donde da cuenta de una sublevación de los judíos que habían sido reclusos en ese lugar.

Me acuerdo de una anécdota de Lanzmann sobre Jean Piwonski, coronel del ejército polaco, ex guardaguas de la estación de Sobibor, un campo de concentración.

Me acuerdo que me parece curiosa esta noticia:

un carguero español se partió en dos frente a las costas francesas.

Me acuerdo que Piwonski contaba que, mientras servía una guardia nocturna, alguien golpeó violentamente a su puerta; era un ucraniano inmenso que le exigió un litro de vodka y le ofreció como pago un paquete pesado y hediondo, groseramente envuelto en papel periódico.

Me acuerdo que Piwonski, nos dice Lanzmann, no tuvo más remedio que aceptar y al abrir el paquete vio una quijada sanguinolenta con dientes de oro, arrancados al cadáver de un judío recién asesinado.

Me acuerdo que son poco habituales este tipo de textos que empiezan con las palabras: Me acuerdo, como en los libros de Joe Brainard y Georges Perec.

Me acuerdo que Joe Brainard murió de sida. Georges Perec y David Markson de cáncer en los pulmones.

Me acuerdo que escribir a máquina se volvió obsoleto.

Me acuerdo de que mi amigo Mario Bellatin asegura que, para quienes escriben, el iPhone es el invento más importante después de la máquina de escribir.

Me acuerdo que empiezo a tener amnesia.

Me acuerdo de los domingos, me da flojera cocinar, como sólo huevos estrellados sin frijoles, tomo cerveza y de postre un yogurt.

Me acuerdo que Sor Juana tenía que cortar muy

delgado su pluma para hacer sus versos y defenderse de las acusaciones de indecencia con que algunas personas muy santas la perseguían.

Me acuerdo que mis padres tomaban su té hirviendo, servido en vasos de cristal cortado, sostenidos por un portavasos de plata.

Me acuerdo que mis padres endulzaban su té con una cantidad impresionante de mermelada de fresas hecha en casa.

Me acuerdo que el 7 de octubre de 2013 murió el cineasta y actor de teatro Patrice Chéreau, lo vi leer en escena las *Memorias del subsuelo* de Dostoievski, un día que fui con Alena Galard al teatro Odéon de París.

Me acuerdo que el 7 de octubre de 1849 murió Edgar Allan Poe: ¿alcohólico, tuberculoso o drogado?

Me acuerdo cuando empecé a leer a Edgar Allan Poe en una pequeña edición de tapas duras allá por el año de 1947.

Me acuerdo de Julio Cortázar, tradujo todas las obras de Edgar Allan Poe.

Me acuerdo que como no sabía inglés, escribía con lápiz sobre las hojas de papel biblia de mi vieja edición de Poe la traducción en español de las palabras que desconocía.

Yo también me acuerdo. México: Sexto Piso, 2014.



Margo Glantz: los recuerdos regresan siempre

Felipe Garrido

MARGO GLANTZ ES MAESTRA, conferencista, investigadora, académica, editora, crítica literaria; eficaz promotora de escritores y de felices empresas culturales; diplomática, adaptadora de textos literarios a la radio, traductora —estoy seguro de que hay algo que olvido—. . . Ante todo, porque en esta tarea concentra y trasciende las demás, Margo Glantz escribe: todos los días, por la mañana, antes de irse a trabajar —así dice ella. Margo Glantz ha escrito, sobre todo, artículos y ensayos que abren caminos, así como personalísimas ficciones. Y siempre, en todas estas maneras de dar testimonio de su vida (*la vida, esa herida absurda, esa siniestra cicatriz*) se ha mostrado erudita, emotiva, inteligente, generosa.

Si uno asiste a sus clases o a sus conferencias o dialoga con alguno de sus libros o tiene la buena fortuna de encontrársela y platicar con ella un rato, uno siente cómo la voz y la mirada y el cuerpo se

le animan a medida que ella imagina, registra, elige entre diversas opciones que a menudo son divergentes. Uno la admira como mujer y por sus ideas seductoras y contagiosas, por sus experiencias cosmopolitas, por sus fértiles dudas, por su acostumbrado buen humor.

Al ensayar una semblanza de Margo Galntz no haré un recuento de sus trabajos, méritos ni reconocimientos —presentados, ganados, y cosechados en América, Europa y el Oriente Medio. Destaco, sin embargo, una de sus publicaciones, que es ejemplo de su capacidad para convocar el trabajo de los demás —sin escatimar el propio—, y constituye una aportación capital a nuestra historia literaria: *Onda y escritura*. Un libro que, en 1971, reunió 55 textos de 26 autores nacidos entre 1938 y 1950 y que, según Carlos Montemayor, la señala “como la primera investigadora que se acercó, de manera generosa e inteligente, a mi compleja y desunida generación literaria, a la que ya había ayudado en Difusión Cultural de la UNAM con la fundación de la revista y los talleres de *Punto de Partida* y con la publicación de una antología: *Nueva narrativa joven de México*”.

No haré, pues, el recuento de los méritos de esta mujer que ve en la modestia una cualidad negativa, confiesa su culposa fascinación por la violencia épica de la Conquista y por palabras como roturar, penetrar, perforar, picar, clavar, apuñalar, y se define como constante, disciplinada y muy trabajadora. (Dijo,

hablando de Gorostiza, en su discurso de ingreso a la Academia Mexicana: “Lo sabemos bien, el don divino, la elección que ha permitido el milagro, el instante supremo de la creación, no es espontáneo, sino el resultado de un rigor extremo, un trabajo artesanal de borraduras y omisiones, un rigor instalado en el ámbito infinitesimal —a veces— de una pobre y simple coma”). A la continuidad engañosa que nos da un currículo, prefiero acatar la lección y aceptar que la vida es una experiencia fragmentada y revolvente (*una herida absurda*), y que sólo en ella podemos hallar las razones que, en el caso de Margo, explican esa unidad profunda que da coherencia a una obra singularmente amplia y diversa.

Repito con ella: *los recuerdos regresan siempre, y siempre nos quedamos anclados a un acontecimiento*. La veo en la cocina de un pequeño departamento, quizás en Narvarte, no estoy seguro. Llego a entregarle un trabajo sobre la *Orestíada*, y ella lucha amorosamente, cuchara en mano, como luchan todas las madres, bajo todos los cielos, con una de sus hijas que está en una silla perica y que, como todos los niños, se resiste a comer. Margo pasa de Esquilo a la estufa, deja mi trabajo en una mesa, prueba la papilla, algo dice sobre Casandra (unas llaves, una pluma, algo que brilla intensamente cae al piso), esquivo las manitas que quieren meterse al plato, habla con el mismo entusiasmo, con la misma abundancia con que habla en clase (cuando lo alzo y

se lo doy, la niña me mira por primera vez, los ojos azorados, sin reconocerme) y las palabras —ternezas para la bebé, precisiones doctas, reflexiones caseras— llaman a nuevas palabras y cada vez que puede mete la cuchara en la boca de su hija.

Margo Glantz es mexicana, pero nació y ha vivido desterrada; parte de su relación con el mundo le viene de la visión de su padre. En el principio (y después, y ahora también) fue el padre: Jacobo Glantz, poeta, escultor, severo, y alegre, aficionado a los juegos de palabras, dueño de un concepto del mundo; personaje fundamental (“Escribo a pesar de él o, quizá mejor dicho, escribo como un homenaje a él, a Jacobo Glantz, mi padre”), un hombre cabalmente ligado con la Biblia y con la tradición talmúdica. Un doble destierro, porque Margo no se siente suficientemente conocedora de esa tradición y se ha esforzado por hacerla suya nombrándola de nuevo. Nombrar las cosas es una manera de poseerlas. De ahí el despecho del arcángel Samael. (En una prueba que preside Dios, el arcángel no puede nombrar a las bestias, pero Adán lo hace con palabras que le proporciona Dios y que le ganan el privilegio de nombrar a sus descendientes. Lo cuenta Margo, en *No pronunciarás*.)

Una tercera forma de destierro:

Nacer en una casa donde tus padres tienen una lengua y unas costumbres distintas a las tuyas. El yidish era

su idioma privado. Hablándolo me excluían. Ellos me impidieron que aprendiera su lengua nativa y así me sacaron de su intimidad. Mi lengua fue desde niña el español. El yidish era el idioma de su amor, sus peleas, su complicidad, sus secretos. Su idioma me resultaba amenazante. Otra cosa me duele: el desconocimiento del yidish me impide leer la maravillosa poesía escrita por mi padre.

Esta cuarta manera de expulsión es aún más dolorosa, pues desde niña Margo sintió que los libros la vinculaban con el mundo; los libros definían la realidad. Desde entonces, la literatura ha sido el eje de su vida. La lectura y la escritura. Jamás sale a la calle sin un libro. Lee activamente, rápido, a todas horas. La escritura es su territorialidad: “estoy sentada siempre —*Una memoria leve*— en una silla escribiendo sobre una máquina”.

Cuando cumplió seis años, para festejar que ya sabía leer, le dieron una muñeca. “Era preciosa y hablaba. Un día la metí a bañar conmigo en la tina y la muñeca enmudeció, calló para siempre. Su silencio me pareció un castigo divino. Toda mi infancia y mi adolescencia cargué con esa culpa”. Se desvaneció hace veinte años, cuando le dieron el Premio Magda Donato por *Las genealogías*. Aún le gustan las muñecas de trapo que tienen la cara, las manos y los pies de cera: como “güilas, tan pintadas, con sus aretes”.

Aprendió a leer muy rápido, comenzó a escribir muy joven, pero empezó a publicar mucho tiempo después. Le parecía que sus textos, siempre fragmentarios, no tenían sentido. Algunos se los dio a leer a ciertos amigos; un día se atrevió a mostrárselos a Agustín Yáñez, que había sido su maestro (mejor escritor que maestro), quien le dijo que había algunas cosas bellas, pero que eran como perlas sin engarzar: “tienes que encontrar el hilo para engarzarlas”. Durante años sintió que sus textos carecían de estructura lógica. Los géneros se habían pulverizado, pero creía que ella se había excedido. (Palabras, palabras, palabras dichas sin ilación, sin sentido, ¿o lo tienen?) Aún no la convencía Torri, amigo de “las cosas esbozadas y sin desarrollo”. (“Nada más lejos de las formas puras de arte que el anhelo inmoderado de perfección lógica”.)

Hasta que escribió, en 1978, *Las mil y una calorías*, un libro excesivo, de gran formato, con dibujos, de tipografía caprichosa. Un libro irrespetuoso donde se exponen versiones nuevas de mitos y personajes de que nos son familiares:

Los turbantes le sirvieron a Sinbad
para protegerse del sol; para salvarse
de los naufragios; para vendarse
las heridas; para viajar por los
aires con el ave roc; para adornar
su cabeza; para ahorcar a los

que quisieron darle fama y, sobre
todo, para no parecerse a Ulises.
Ahora las mujeres los usan sólo
porque la revista *Vogue* los
ha puesto de moda.

El tocador de Cleopatra
Cleopatra peinaba sus cabellos con el peine de oro
de la lascivia.

Publicar *Las mil y una calorías* —Martin Casillas se atrevió— tuvo un efecto liberador. Ya no le importó si el texto era malo o bueno; tenía la necesidad de sacarlo. El día siguiente a la publicación del libro empezó una obra que se convirtió en tres: *Doscientas ballenas azules* (1979), *No pronunciarás* (1980) y *Síndrome de naufragios* (1984). Los tres, libros de fragmentos, encrucijadas de todas las lecturas, todos los intereses, intensamente autobiográficos. *Síndrome de naufragios* empieza con el diluvio universal y termina con una tormenta matrimonial que acaba con la relación amorosa. (Si sólo el corazón es verdadero y si la palabra es mentirosa, ¿qué podríamos hacer para que el amado conociese —verificase— la verdad de la pasión?)

El reconocimiento comenzó a consolidarse con *Las genealogías* (1981):

Un día acompañé a mi madre a enterrar a un primo y de regreso nos acordamos de un acontecimiento fundamental de mi infancia, en el año 39, en la época del nazismo: unas quinientas gentes atacaron a mi padre en la calle y estuvieron a punto de lincharlo. Fue impresionante. Lo apedrearon y tenía la frente ensangrentada. Al volver del panteón hice un pequeño texto recordatorio, ‘Mi program particular’, y lo publiqué en *Uno Más Uno*. Al día siguiente muchos amigos me llamaron y me dijeron que era buenísimo: ‘¿por qué no haces algo con eso?’.

Yo había empezado unos meses antes, en el 79, una serie de grabaciones de la vida de mis padres y un amigo del periódico, Jorge Hernández Campos, me dijo que por qué no escribía algo sobre mi familia al estilo de aquel fragmento. Entonces decidí hacer un folletín sobre mis padres. Desde el primer día me vino el nombre, *Las genealogías*. Lo publiqué durante un año, semanalmente, Martín Casillas lo aceptó. Lo trabajé en junio del 81, y lo entregué a sabiendas de que no estaba completo. Viajé a la Unión Soviética para conocer a mi familia rusa y terminarlo. Cuando regresé a México me fui a Acapulco un fin de semana y lo terminé. En octubre lo entregué y salió el 24 de noviembre. En la presentación, que fue bastante humorística, mi papá lloraba y lloraba; conmovedor y terrible. Es un libro que ha gustado. [Dijo Carlos Montemayor, el día en que recibió a Margo en la

Academia Mexicana: ‘La urdimbre genealógica es un sistema de compuertas secretas que se abren a numerosos ríos, regiones, personajes, acontecimientos imprevistos, revoluciones, asaltos, violencia, ternura, cocina, repostería, vestidos, idiomas, revistas, músicos, poetas, pintores’. ‘Un árbol de vidas y países en una sola y prodigiosa sangre’].

Necesitaba saber cómo era el mundo de mis padres, qué significó ser judío en Rusia, cómo se conocieron y juntaron, cómo vivieron cuando llegaron a Veracruz, cómo fueron sus años en la Merced. También quería que me contaran de Lenin, Trotski, Chagall; cuál era la diferencia entre comunicarse en español o en yidish. [La niña me mira mientras yo pongo en la mesita donde está su papilla las llaves o la pluma o lo que haya sido aquello que cayó al suelo; intenta reconocermee—, soy un intruso, forastero absoluto sin cabida siquiera en la *Guía de forasteros*, porque faltan más de veinte años para que su madre la ponga en marcha. Cuando sucedí a Margo en la Dirección de Literatura del INBA, en 1986, a mí me tocaría completarla.].

Margo arranca de hechos insignificantes, y a partir de ellos lo dice todo. Escribe en una antigua mesa de cocina que sirvió para amasar y picar: justicia poética. Para escribir necesita tener cerca muchas cosas, sobre todo libros de autores que son como sus guardianes en ese momento:

Escribo para aclarar las cosas que me pasan. Hay experiencias que no comprendo si no escribo acerca de ellas. Es lo mismo cuando doy clases: el acto de enseñar me permite comprender textos que no entiendo en una simple lectura. Descubrí la escritura para dirigirme al hombre que amaba. Él me aceptó completa: me permitió escribir y me hizo ver mi cuerpo como algo precioso.

Mi cuerpo es la envoltura de mis obsesiones, mis angustias, mis temores, mi soledad. Sí, soy impúdica porque he escrito acerca de ciertas cosas que equivalen más o menos a sentarse en público con las piernas abiertas. [Como lo hace cuando toca el chelo Nora García, en *El rastro*, una novela que se publicó en 2002].

Tengo —insiste— una preocupación fundamental: mi cuerpo. Para la literatura erótica el cuerpo de la mujer es un terreno sobre el cual se escribe; pero en la vida real la mujer mira su cuerpo con ojos ajenos, como si se tratara de algo prestado. No quiero liberarme de mi cuerpo; quiero apropiármelo. Todo el tiempo estoy consciente de mi cuerpo. Lo siento real solamente cuando escribo acerca de él.

“La poesía de sor Juana —que no quiso ser santa, sino sabia— debería leerse mucho más. Ni en México ni en España tenemos la tradición de leer a nuestros clásicos, como la tienen, por ejemplo, en Inglaterra”. Margo ha escrito y está escribiendo sobre sor Juana

—y sobre la Malinche. (El rastro es entre otras cosas, una glosa de uno de los sonetos de sor Juana):

Esta tarde, cuando te hablaba.
Como en tu rostro y tus acciones vía
que con palabras no te persuadía,
que el corazón me vieses deseaba...

“La abolición que hemos hecho de la memoria ha privado a muchísima gente de leer poesía. La memoria es necesaria a la educación”. Siempre hemos tenido una minoría letrada:

En la época de sor Juana poca gente leía. En el siglo pasado hubo grandes escritores, pero el analfabetismo era enorme: se escribía para poca gente. Hoy aparentemente se ha vencido el analfabetismo, pero no existe un hábito de lectura. Lo cual se debe a la cada vez mayor falta de preparación de los maestros y a que paulatinamente la educación primaria es más mala.

Al contrario de lo que se pensaba en el siglo XIX, ahora se cree que es mejor que la gente no sea educada, porque así le conviene al neoliberalismo. Desde los años sesentas hemos visto un proceso para acabar con las universidades públicas. Lo que se suma al hecho de que se ha acabado con la educación primaria, que es desde donde los niños deben aprender a leer y a memorizar.

Sus obsesiones, tanto en los ensayos como en la ficción, son la memoria, la familia, México, la literatura, el texto, el feminismo, los viajes (“quizás haga mal: debería sentarme y escribir, pero el viaje es una experiencia vital y no puedo quedarme tranquila”), el alejamiento, la nostalgia, el naufragio del amor, el erotismo, el cuerpo, la crítica de las instituciones, la recuperación de objetos o personajes curiosos.

Su ficción insiste en ser fragmentaria, en las asociaciones insólitas. “Textos que recomienzan constantemente —dice Nora Pasternac—, que parecen no avanzar, que no tienen personajes ni historia ni tiempo o espacio definidos, salvo los del texto mismo”:

Yo pienso —dice Margo— que esta forma de escribir, fragmentaria, con un ritmo muy particular que parece no tener ilación lógica, es de alguna manera el ritmo de la conversación de las mujeres, que pasan de un tema a otro, a veces sin una liga muy definida: están hablando de algo muy importante y de repente ven un vestido y dicen “qué padre vestido”, y te lanzas a hablar del vestido y el bordado y a la mitad interrumpes porque el pastel está en el horno, entonces tienes que hablar del pastel, y luego pones la mesa porque van a llegar los invitados y no tienes tiempo, y luego vuelves a hablar de las cosas muy importantes, de tu vida privada o de una clase o de lo que tienes que hacer. Los textos van siguiendo un fluir de la conciencia pero

se trata de una lógica muy poco tradicional, de una lógica histérica. [La niña quiere meterse a la boca las llaves, o la pluma, o lo que haya sido aquello. Margo habla de Egisto y alza la cuchara.].

Podría parecer que en *El rastro*, donde Nora García —personaje de un libro anterior, *Zona de derrumbe*— asiste al velorio y al entierro de su ex marido, Juan, un gran pianista, Margo Glantz se aparta de su visión fragmentaria de la vida. Pero eso es una mera apariencia. Estamos de nuevo ante una sucesión de fragmentos que ahora no se ven divididos: ahora están dispuestos de acuerdo con la estructura de unas variaciones musicales y equivalen a temas que van reapareciendo una y otra y otra vez.

En el féretro, de tosca madera clara, Juan lleva puesto un saco informal, color heno seco que hace juego con la lividez de su rostro y el color de la madera. La corbata y la camisa son del mismo tono, lleva una extraña cruz entre los brazos, tiene un bigote ralo, plumizo, ¿engominado?, que nunca había usado, y un pañuelo negro sostiene sus quijadas. (*Y las palabras pesan cuando se escriben, después de apoyar mis dedos sobre las teclas, en medio del silencio de la noche; sólo un amor como el tuyo ha conmovido mi corazón. Sonrió. ¿Qué es lo que te parece divertido?, dice María. Nada, le digo, un recuerdo, pero ya no me oye.*).

El olor a mohó, el corazón (que es sólo un músculo) enfermo que terminó con la vida de Juan, el corazón

convertido en lágrimas (*deshecho entre tus manos*) de sor Juana, el chelo que Nora recibe entre las piernas abiertas, las enormes pacas de heno que se ven en los campos, el vil recelo, los datos sobre el tabaquismo y el colesterol, Juan en el hospital, sin dentadura, asfixiándose, su cuerpo perforado por agujas, Rogozhin que arroja sus rublos a la chimenea encendida para congraciarse con Natasia Filipovna (¿o es Natasia quien lanza los billetes al fuego?), los Bosendorfer, Steinway, Petrof, el príncipe Mishkin y Rogozhin que pasan la noche a lado del cadáver de Natasia, apuñalada en el corazón, la mesa de cocina que sirve de escritorio, el alfilerero de terciopelo rojo, las dos grabaciones que Glenn Gould hizo de las *Variaciones Goldber*, de Juan Sebastián Bach, la lámpara redonda de terciopelo rojo, Juan que habla de música, Daniel Barenboim que toca, ¡de memoria!, las 32 sonatas de Beethoven en el teatro Colón (soñé que me perdía: desperté furiosa), la descripción clínica y las estadísticas de los males cardiacos, las sombras necias, David Daniels y su voz incontrastable, los indicios vanos, el pueblo entre montañas, las pacas de heno en una pintura, el traje de Emmanuelle Kahn que lleva María, los *castrati*, los filmes, Juan en su ataúd, las óperas, los besos de su boca, alguna sombra vana... todo vuelve, todo se repite, la breve y siniestra cicatriz, la herida absurda que es la vida, ¿cómo tocar, ver, sentir el corazón, que es el centro de la vida que es solamente un músculo, que es el órgano del amor?



Obsesivamente se reincide en una breve serie de sucesos, personajes y situaciones, pues, no hay remedio, ya lo sabemos, los recuerdos regresan siempre y siempre nos quedamos anclados a un acontecimiento.

Margo Glantz. *45 años de docencia*. México: Facultad de Filosofía y Letras, **UNAM**, 2006, pp. 15-24.



Bibliografía de Margo Glantz

Narrativa

Animal de dos semblantes. Santiago, Chile: LOM ediciones, 2004.

Apariciones. México: Alfaguara, 1996.

Coronada de moscas. México: Editorial Sexto Piso, 2012.

De la amorosa inclinación de enredarse en cabellos. México: Océano, 1984.

Doscientas ballenas azules. México: La Máquina de Escribir, 1979.

Doscientas ballenas azules... y... cuatro caballos. México: UNAM, 1981.

El rastro. Barcelona: Anagrama, 2002.

Historia de una mujer que caminó por la vida con zapatos de diseñador. Barcelona: Anagrama, 2005.

La guerra de los hermanos. México: Penélope, 1982.

Las genealogías (relato autobiográfico). México: Martín Casillas, 1981.

Las mil y una calorías. México: Premia, 1978.

- No pronunciarás. México: Premia, 1980.
- Por breve herida. México: Sexto Piso, 2016.
- Saña. Lima: Sarita Cartonera, 2006.
- Síndrome de naufragios. México: Joaquín Mortiz, 1984.
- Simple perversión oral. México: Fondo de Cultura Económica, 2015
- Viajes En México: Crónicas Extranjeras. México: **SEP/FCE**, 1982.
- Y por mirarlo todo, nada veía. México: UNAM, Coordinación de Difusión Cultural, Dirección de Literatura / Sexto Piso, 2018.
- Yo también me acuerdo, México: Narrativa Sexto Piso, 2014.
- Zona de derrumbe. Argentina: Beatriz Viterbo, 2001.

Ensayo y obra crítica

- “Autorretrato con collar”, 1933, en Frida Kahlo. Homenaje Nacional 1907-2007. México: Instituto Nacional de Bellas Artes / Editorial **RM**, 2007.
- Borrones y borradores. Ensayos sobre literatura colonial. México: UNAM / El Equilibrista, 1992.
- Coyolxauhqui. México: Conaculta / Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2008.
- Del fistol a la linterna. Homenaje a José Tomas de Cuéllar y Manuel Payno en el centenario de su muerte. México: **UNAM**, 1997.
- El día de tu boda. México: **SEP** / Martín Casillas, 1982.
- El texto encuentra un cuerpo. Buenos Aires, Ampersand, 2019.
- Erosiones. Toluca, México: Universidad Autónoma del Estado de México, 1984.
- Escribir y bordar. México: **INBA**, 1984.

- Esguince de cintura (ensayos sobre narrativa mexicana del siglo xx).
México: Conaculta, 1994.
- Huérfanos y bandidos: Los bandidos de Río Frío. México: El Colegio
de México, Centro de Estudios Históricos, 1994.
- Intervención y pretexto. Ensayos de literatura comparada e iberoame-
ricana. México: UNAM, 1981.
- La aventura del conde de Rousset Boulbon. México: SepSetentas,
1972.
- La cabellera andante. México: Alfaguara, 2015.
- La desnudez como naufragio: borrones y borradores. Madrid, España:
Iberoamericana/ Vervuert, 2005.
- La lengua en la mano. México: Premià, 1983.
- La Malinche, sus padres y sus hijos; coord. **MG**. México:
UNAM, 1994.
- La nudità come naufragio. Bozzetti e prove di scrittura. Milán,
Italia: Mimesis Edizioni, 2017.
- La polca de los osos. Oaxaca, México: Almadía, 2008.
- La ultra-negritud de Pierre Soulages, en Pierre Soulages. México:
Museo de la Ciudad de México, 2010.
- Manuel Payno, Los bandidos de Río Frío, París, Francia: Unesco,
2004
- Margo Glantz: Narraciones, ensayos y entrevista. Celina Manzoni,
comp. Valencia, España: Excultura, 2003.
- México: el derrumbe. México: UAM, 2010.
- Notas y documentos sobre Alvar Núñez Cabeza de Vaca. México:
Conaculta, 1992.
- Obra selecta de sor Juana Inés de la Cruz; selecc. y pról. **MG**;
cronol. y bibliografía María Dolores Bravo Arriaga).

- Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1994.
- Repeticiones. Ensayos sobre literatura mexicana. México: Universidad Veracruzana, 1980.
- Retable de Boulbon en Jean Galard; coord. MG. París: Éditions Robert Laffont, 2010.
- Sor Juana Inés de la Cruz, ¿hagiografía o autobiografía? México: Grijalbo, UNAM, 1995.
- Sor Juana Inés de la Cruz: saberes y placeres. Toluca: Instituto Mexiquense de Cultura, 1996.
- Sor Juana Inés de la Cruz y sus contemporáneos. México: UNAM, 1998.
- Sor Juana: la comparación y la hipérbole, México: Conaculta, 2000.
- Tennessee Williams y el teatro norteamericano. México: UNAM, 1964.
- ¡Una exposición de Tamara de Lempicka en México! México: Instituto Nacional de Bellas Artes / **TF**. Editores / Conaculta, 2009.
- Viajes en México. Crónicas extranjeras. México: Secretaría de Obras Públicas, 1964.
- Yo también me acuerdo. México: Sexto Piso, 2014.
- Zapatos: andante con variaciones, en Lorenzo León Diez (ed.), La dimensión del tiempo. Autores nacidos en los años 1920 a 1930. México: Ediciones Castillo, 1998.

Obras reunidas

- Obras reunidas I. Ensayo sobre literatura colonial. México: Fondo de Cultura Económica, 2006.

Obras reunidas II. *Narrativa*. México: Fondo de Cultura Económica, 2008.

Obras reunidas III. *Ensayos sobre literatura popular mexicana del siglo XIX*. México: Fondo de Cultura Económica, 2010.

Obras reunidas IV. *Ensayos sobre literatura popular mexicana del siglo XIX*. México: Fondo de Cultura Económica, 2013.





UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Dr. Enrique Luis Graue Wiechers

Rector

Dr. Leonardo Lomelí Vanegas

Secretario General

Dr. Luis Álvarez Icaza Longoria

Secretario Administrativo

Dr. Alberto Ken Oyama Nakagawa

Secretario de Desarrollo Institucional

Lic. Raúl Arcenio Aguilar Tamayo

Secretario de Prevención,

Atención y Seguridad Universitaria

Dra. Mónica González Contró

Abogada General

Mtro. Néstor Enrique Martínez Cristo

Director General de Comunicación Social

ACADEMIA
MEXICANA
DE LA
LENGUA



ACADEMIA MEXICANA DE LA LENGUA

Gonzalo Celorio

Director

Alejandro Higashi

Responsable Académico del Gabinete Editorial

Felipe Garrido

Asesor Académico del Gabinete Editorial



COLEGIO DE CIENCIAS Y HUMANIDADES

Dr. Benjamín Barajas Sánchez

Director General



PLANTEL NAUCALPAN

Mtro. Keshava Quintanar Cano

Director

Mtra. Verónica Berenice Ruiz Melgarejo

Secretaria General

Lic. Joaquín Trenado Vera

Secretario Administrativo

Ing. Damián Feltrín Rodríguez

Secretario Académico

Mtra. Angélica Garcilazo Galnares

Secretaria Docente

Biól. Guadalupe Hurtado García

Secretaria de Servicios Estudiantiles

Ing. Reyes Hugo Torres Merino

Secretario de Atención a la Comunidad

Mtro. Ciro Plata Monroy

Secretario de Cómputo y Apoyo al Aprendizaje

C.P. Ma. Guadalupe Sánchez Chávez

Secretaria de Administración Escolar

Ing. Carmen Tenorio Chávez

Secretaria Técnico del Siladin

Lic. Reyna I. Valencia López

Coord. de Seguimiento y Planeación

Dra. Susana Rodríguez Aguilar

Jefa del Depto. de Comunicación

Jefe del Depto. de Impresiones



Títulos de la Colección
La Academia para Jóvenes

Mauricio Beuchot,
Elementos de filosofía

Adolfo Castañón,
*Leyendas mexicanas de
Rubén Darío*

Ruy Pérez Tamayo,
Cómo acercarse a la ciencia

Felipe Garrido,
*Inteligencias, lenguaje y
literatura*

Javier Garciadiego,
*El Estado Moderno y
la Revolución Mexicana
(1910-1920)*

Vicente Quirarte,
*Fantasmas bajo
la luz eléctrica*

Julieta Fierro,
Los retos de la astronomía

Gonzalo Celorio,
DF-CDMX. Marca registrada

Margo Glantz,
A los dieciséis

Fernando Serrano,
Derechos de autor

Jaime Labastida,
Lección de poesía

A
los dieciséis de
Margo Glantz, un título de
la colección **La Academia para
Jóvenes**, del Colegio de Ciencias y
Humanidades Plantel Naucalpan de la UNAM,
se terminó de imprimir el 25 de septiembre de
2020 en los talleres de la Imprenta del Colegio de
Ciencias y Humanidades, Monrovia núm. 1002, colonia,
Portales Sur, CP 03300, Alcaldía Benito Juárez, CDMX.
La edición consta de 1,500 ejemplares con impresión
offset sobre papel bond ahuesado de 90 grs. para los
interiores y cartulina sulfatada de 12 pts. para los forros.

En su composición se utilizó la familia Joanna MT STD.

La formación estuvo a cargo de Julia Michel Ollin
Xanat Morales.

El cuidado de la edición estuvo a cargo de
Keshava R. Quintanar Cano y la autora.